

COMEDIAS ESCOGIDAS

DE FREY LOPE FELIX

DE

VEGA CARPIO.

TOMO SEGUNDO.



CON LICENCIA.

Madrid, Imprenta de ORTEGA Y COMPAÑIA:

1828.

LA HERMOSA FEA.



PERSONAS.

Ricardo, *Príncipe de Polonia*, galan.
Octavio, galan.
El Gobernador de Lorena.
Estela, *Duquesa de Lorena*, dama.
Celia, dama.
Belisa, criada.
Un Capitan.
El Conde.
Julio, gracioso.

La escena es en Lorena.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

DECORACION DE CALLE.

Ricardo, Octavio, y Julio.

Octavio.
Fuera temeraria empresa,
pero muy digna de tí.

Ricardo.
Todo cuanto en Francia ví
no iguala con la Duquesa:
Julio, ¿qué te ha parecido?

Julio.
Un ángel me pareció,
que de muger se vistió,
si alguna vez se ha vestido.

Ricardo
No he leido yo jamas
que se vistió de muger;
pero como pudo ser,
no pudiste decir mas.

Octavio.
En cuanto el sol mira, y dora,
se alaba su gallardía.

Ricardo.
¡O qué divina armonía
hacen en una señora
la magestad en el talle,
y en el rostro la hermosura!

Julio.

El oro y la nieve pura
de nuestra Alemania, calle
con su rara perfeccion.

Ricardo.

Parece que en su belleza
retrató naturaleza
mi propia imaginacion:
aquí me pienso quedar
de secreto algunos dias
para verla.

Octavio.

Bien podias
tener de hablarla lugar,
como no sepa quien eres.

Ricardo.

Tú solo sabes quien soy.

Octavio.

Pues la palabra te doy,
Príncipe, si hablarla quieres,
despues de guardar secreto,
de hacer que posible sea.

Ricardo.

Haz, Octavio, que la vea,
y ser tu esclavo prometo.

Octavio.

Si sabe que estás aquí
dificultoso ha de ser,
porque te ha de conocer.

Octavio.

Escucha un remedio.

Ricardo.

Dí.

Octavio.

Escribe á Celia su prima,

con quien tienes parentesco,
que por ir á ver á España
á la ligera y secreto,
no pudiste visitarla;
pero que despues volviendo,
cumplirás tu obligacion;
y quedaráste con esto
escondido en la ciudad,
donde el ingenio y el tiempo,
para que la veas, y hables,
darán traza á tus deseos.

Ricardo.

Dices bien, y lleve Julio
la carta; pero advirtiendo
que si la duquesa Estela
te pregunta, como pienso,
si la ví, que le respondas
que sí, una tarde saliendo
á caza; y si prosiguiere,
lo que dige, y lo que siento
de su persona, le digas
que volví triste, diciendo
que era su fama un engaño
de algun pintor lisongero,
cada pincel mil mentiras,
cada color mil enredos;
que el Ducado de Lorena
era tan gran casamiento,
que hacia á los pretendientes
lindo parecer lo feo;
y que á mí, que no lo era,
me pareció con estremo
fea, y de persona humilde.

Julio.

¿Pues qué pretendes con eso?

Ricardo.

Asegurar la intencion
que para servirla tengo,
como vereis adelante.

Julio.

¿Y no hallaste mensagero
mejor en cuantos te vienen
desde Polonia sirviendo?
¿A qué muger, cuando fuese
lo mas ínfimo y plebeyo,
la dijeran que era fea,
que tuviera sufrimiento
para no tomar venganza,
cuanto mas un angel bello,
tan gran señora? ¿No miras
que entre algunos mandamientos,
que hizo para el honor
de las mugeres, el celo,
y obligacion de los hombres,
no llamarás, fue el tercero,
fea, ni vieja á ninguna;
y que del atrevimiento
sería justo castigo
salir de palacio muerto
á palos, de las cuchillas
de dos gigantes tudescos?

Ricardo.

Julio, si ella fuera fea,
era delito muy necio;
pero siendo tan hermosa
como le ha dicho su espejo,
ha de enojarse conmigo,
y poner su entendimiento
en vengarse cuando vuelva;
y esto principio al deseo

le ha de dar de enamorarme,
que es lo que voy previniendo;
y tú verás que resulta
de este agravio algun suceso
en favor de mi esperanza.

Julio.

Confieso que voy con miedo,
mas consolando el peligro,
con saber que te obedezco.

Ricardo.

¿Tanto sienten este nombre?

Julio.

Si es la hermosura el opuesto,
y esta la mayor lisonja,
¿qué término mas grosero
que quitarles la esperanza
de aquel soberano imperio
con que rinden á los hombres?

Ricardo.

Tú verás que es fundamento
del edificio mayor
que tuvo amoroso empleo:
ven, Octaviò.

Octavio.

Aun no percibo
tu pensamiento.

Ricardo.

Pretendo
obligarla á enamorarme,
lo demas te dirá el tiempo.

ESCENA II.

Salon de Palacio.

Estela, y Celia.

Estela.

Bien me holgára que te hubiera
el Príncipe visitado,
y que el venir rebozado
menos disculpa le diera:
mal cumplió la obligacion
de pariente.

Celia.

Pensaria
que el secreto me daria
bastante satisfaccion,
pues parece que la tienen
para ocasiones mejores.

Estela.

El secreto en los señores,
cuando de rebozo vienen,
es mayor publicidad,
porque todos hablan de ellos.

Celia.

Es mayor grandeza en ellos.

Estela.

Pensamos que es vanidad:
¿sabes que sintió de mí?

Celia.

Pregúntaselo á la fama:
Fenix de Francia te llama,
lo mismo dirá de tí.

Estela.

Cuidado, Celia, tenia

de ver en alguna parte
este nuevo Adonis Marte,
por talle y por valentía;
pero él se guardó de suerte
que me vió sin verle yo.

Celia

Ingrato correspondió
á la ventura de verte;
que bien pudiera pagarte
si es gentil-hombre y galan,
con dejarse ver.

Estela.

Estan
tantas culpas de su parte,
que aunque te escriba, no creo
que á satisfacerlas baste.

Celia.

De la privacion sacaste
las fuerzas de tu deseo;
porque si ver se dejara,
menos cuidados tuvieras,
que de lo que visto hubieras
ninguna idea formara
ahora la fantasía.

Estela.

El privar á una muger
de lo que desea ver,
bien sabes tú, Celia mia,
que aumenta mas su deseo.

Celia.

Así murió la romana,
por no ver por su ventana
pasar aquel monstruo feo;
¿ pues cuanta es mas diferencia
la de un gallardo aleman,

mancebo, hermoso, y galan?

ESCENA III.

Dichos, Belisa y Julio que se queda al paño.

Julio.

Pedid, señora, licencia.

Belisa.

Hablarte quiere un criado *á Celia.*
del de Polonia.

Celia.

No ha sido
descortés, ni ha merecido
hasta ahora ser culpado:
licencia vendrá á pedir
para verme.

Estela.

Ya le vuelvo
la honra.

Celia.

Y yo me resuelvo
en que le has de ver y oir.
Dí que entre. *á Belisa.*

Julio.

Dame los pies. (1)

Estela.

No soy yo la que buscais.

Julio.

Sin razon culpa me dais,
que este yerro acierto es;
pues me trujo el resplandor
de su divina belleza
á saber que es vuestra Alteza

---

(1) *Llega Julio y arrodillase á los pies de Estela.*

de dos soles el mayor:
y así me vuelvo al segundo,
á quien traigo este papel,
mirad lo que dice en él: (1)
y yo, como abrasa el mundo
el ángel, que estoy mirando
en la señora Duquesa,
donde parece que cesa
cuanto puede haber pintado
con los mas vivos colores
la diestra naturaleza:
y perdone vuestra Alteza
que de estrellas y de flores
no haga un retrato aquí,
como suelen los poetas;
porque prendas tan perfetas
son deidades para mí.

Celia.

Ya he leido este papel.

Estela.

¿Qué escribe?

Celia.

Que se partió
á España.

Estela.

Correspodió
á aquella patria cruel
de fieras y hombres feroces.

Celia.

(1) Discúlpose con pasar
de rebozo.

Julio.

Y por guardar

---

(1) *Dale un papel á Celia y lee para sí.*

(así tu hermosura goces)
á tu grandeza respeto.

Estela.

¿ Pues á mí qué me importára,
cuando á Celia visitára ?

Julio.

Esto de venir secreto
debió de ser la ocasion,
por la poca autoridad.

Estela.

¿ Qué dijo de esta ciudad ?

Julio.

Que las de tu estado son
la parte mejor de Francia.

Estela.

¿Vióme á mi ?

Julio.

Ya te vió á tí,
que para venír aquí
fué lo de mas importancia.

Estela.

¿ Qué le parecí ?

Julio.

Si das
licencia , á Celia diré
lo que dijo.

Estela.

Si daré.

Julio.

Oye , pues. (1)

Celia.

¿ A mi no mas ?
¿Qué puede ser que no sea

---

(1) *Habla con Celia aparte.*

muy conforme á su valor,
puesto que fuese de amor?

Julio.

Haber dicho que era fea.

Celia.

¿Qué dices? ¿estás en tí?

Julio.

Por eso te quise hablar
aparte.

Celia.

Estoy por pensar
que te has burlado de mí,
que me pareces de humor.

Julio.

Tentado soy del despejo,
mas siempre las burlas dejo
cuando respeto el valor.
No he visto necio á mí amo,
señora, con tanto estremo.

Celia.

¿Cómo necio?

Julio.

Y aun blasfemo
de un ángel.

Celia.

Pues yo le llamo
dichoso, aunque no discreto;
porque á parecerle bien,
quedára al mayor desden
que ha visto el mundo sujeto;
que de cuantos la han servido
ninguno agradarle puede,
y es mejor que libre quede,
que á lo imposible rendido.

¿La Duquesa fea?

Julio.

Si.

Celia.

¿Tiene ese hombre entendimiento?

Julio.

Un mal gusto es fundamento
de que le parezca así;
fuera de ser cosa llana,
que no hay disputa en los gustos.

Celia.

Sí, pero gustos injustos
hacen la razon villana.

Julio.

Hombres hay que un dia oscuro
para salir apetecen,
y el sol hermoso aborrecen
cuando sale claro y puro;
hombres que no pueden ver
cosa dulce, y comerán
una cebolla sin pan,
que no hay mas que encarecer;
hombres en Indias casados
son blanquísimas mugeres
de estremados pareceres,
y á sus negras inclinados:
segun esto la Duquesa
no deja de ser hermosa
por un mal gusto.

Celia.

Es la cosa
mas nueva, y que mas me pesa
de cuantas pudiera oir:
ven por la carta despues.

Julio.
Dadme, señora, los pies,
y de no se lo decir,
palabra.

Celia.
Vete en buen hora,

Julio.
Guarde el cielo á vuestra Alteza,
en cuya hermosa cabeza,
el laurel que Apolo dora,
brille de Francia ó España.

Estela.
¿Tu nombre?

Julio.
Julio es mi nombre.

Estela.
¿Tu oficio?

Julio.
Soy gentil-hombre
que á sí mismo se acompaña;
pero en gracia de mi dueño,
que esta embajada me fia.

Estela.
¿No respondes, prima mia?

Julio.
Celia me mira con ceño.

ESCENA IV.

Estela y Celia.

Celia.
Ya le dije á ese criado
que vuelva por la respuesta;
que si al Príncipe le cuesta
su papel tanto cuidado,
no quiero escribir sin él.

Estela.

Brava plática tuvistes;
¿qué tratastes? ¿qué dijistes?
si dió materia el papel,
dirá que está enamorado
dé mí el Príncipe, y que fué
perdido á España.

Celia.

No sé.

Estela.

¿Quién duda que te ha contado,
(que es ordinario en los hombres)
que en toda Francia no vió
dama, Celia, como yo?
con todos aquellos nombres
de ángel, estrella, jazmin,
rosa, perla y otras cosas
tan necias y mentirosas:
¿de mí qûe te dijo en fin?

Celia.

No eran cosas de importancia
las que hablamos.

Estela.

¿Cómo no?

Celia.

Antes de enojo; y si yo
le volviese á ver en Francia....

Estela.

¿Qué murmuras? ¿fué por dicha
descompostura de amor?
¿pidió necio algun favor?

Celia.

Tengo, Duquesa, á desdicha
tener tan necio pariente.

Estela.
Dime lo que es.
Celia.
No es razon.
Estela.
¡Qué confusion!
Celia.
Cosas son
de aquella bárbara gente.
Estela.
Quien quisiere á una muger
á puras ansias matar,
procuréle dilatar
lo que quisiere saber:
ni fue jamas discrecion
dejar razon comenzada.
Celia.
Si puede ser escusada,
antes parece razon.
Estela.
Celia, lo que fuere sea.
Celia.
¡Qué porfiar tan prolijo!
dijo el Príncipe......
Estela.
¿Qué dijo?
Celia.
Dijo el necio que eras fea.
Estela.
Pues bien, ¿fue mucho el agravio?
Celia.
¿Cómo puede ser mayor?
pregúntale á tu color
si le importa el desagravio,
pues ya te escribe el desprecio

en la cara vergonzosa,
con letras de pura rosa,
el agravio de este necio.

Estela.

Confieso, Celia, que ha sido
el repetirlo el criado,
ocasion de haber quedado
en parte mi honor corrido.
Hazme placer cuando vuelva
de decirle que se quede
conmigo.

Celia.

¿Julio que puede,
cuando á quedar se resuelva,
hacer para tu venganza?

Estela.

¿Nunca has oido contar,
que aquel que se quiere ahogar
cualquiera cosa que alcanza
tiene fuertemente asida?
pues así tengo pensado;
que èl asir de este criado
es asegurar mi vida.

Celia.

¿Qué dices?

Estela

Que este ha de ser
por quien me pienso vengar,
que invencion no ha de faltar
para que me vuelva á ver;
y si me vé, ten por cierto
que ha de adorar la fealdad
que dice, y que mi crueldad
le ha de ver perdido y muerto,
ó no ha de haber alma en mí.

Celia.

Con razon estás quejosa,
pero es imposible cosa
que puedas vengarte así:
mejor fuera....

Estela.

No hay mejor:
déjame, Celia, pensar
como le pueda obligar,
para que me tenga amor,
que una vez enamorado,
con la risa y el desprecio
quedará de aqueste necio
mi sentimiento vengado;
que no hay venganza que sea
mas discreta y mas gustosa
que hacerle querer hermosa,
quien le ha parecido fea.
Así de aqueste enemigo
vengarse mi agravio piensa,
porque de la misma ofensa
se ha de sacar el castigo.



ESCENA V.

Decoracion de calle.

Ricardo, Julio y Octavio.

Julio.

Esta es la hora que sin alma queda.

Ricardo.

No hay cosa, Julio, qué obligarla pueda
mas á lo que pretendo de importancia.

Julio.

Así lo entiendo yo de tu arrogancia.

Ricardo.

Y el camino que hallaste

fue mucho mas discreto: al fin, ¿dejaste
con Celia concertado
volver por la respuesta?

Julio.

Hále causado
notable novedad que la Duquesa,
cuya hermosura es la mayor empresa
de príncipes, y grandes
de Francia, de Alemania, España y Flandes,
te pareciese fea.

Ricardo.

De esta manera el cazador rodea
al animal ó al ave:
presto verás que su arrogancia grave
se rinde á mi deseo.
Octavio, amigo, en la ocasion me veo
que tu fidelidad me ha de dar vida;
de tu amistad mi confianza asida
pretende conquistar esta arrogante
hermosura francesa, que en diamante,
con pinceles de nieve pintó el cielo.
La traza que fabrica mi desvelo,
es la que te he contado;
de todos mis criados he dejado
solo Julio conmigo, él me acompaña,
que los demas á España
van caminando: con el conde hoy quiero
dar principio dichoso al bien que espero.

Octavio.

Frances soy por la vida:
ya vuestra alteza tiene conocida
mi lealtad y amistad; esté seguro
y por esta que al lado traigo juro
de guardarle secreto.

Ricardo.

Pues para dar á lo que intento efeto,
dile al Gobernador secretamente
lo que te dige, porque luego intente
prenderme, que por causa tan notable,
no dudes de que hable
con la Duquesa y que ella verme quiera,
donde mi amor en mi fortuna espera
lo que mi atrevimiento me asegura,
ó á las manos morir de su hermosura.

Octavio.

Tú verás el efeto
de un noble amigo.

Ricardo.

Dí tambien discreto,
en qué consiste la ventura mia.

Julio.

¿Cuando faltó la dicha á la osadía?
vuelvo por el papel mientras te prenden,
y á ver como se encienden
de la Duquesa los claveles vivos,
con tantos pensamientos vengativos,
si á quien tanta hermosura llamó fea,
rendir, matar, ó enamorar desea.

ESCENA VI.

Octavio.

No carece de valor
de Ricardo el pensamiento,
y mas siendo el fingimiento
el primer paso de amor.
¡O fuerza de la amistad!
¡á que me pongo por tí!
pero ya le prometí

favor, silencio y lealtad.
Prósperamente sucede:
este es el Gobernador,
que hasta en esto muestra amor
lo que sabe y lo que puede;
con él viene un capitan:
concertóse la fortuna
con el amor, si en alguna
fortuna y amor lo están.

ESCENA VII.

Octavio, el Gobernador, el Capitan y criados de acompañamiento.

Gobernador.
Conozco vuestro cuidado.
Capitan.
Cuando me toca la guarda
soy Argos de la ciudad;
no ha de suceder desgracia
hasta que deje la noche
la capa en manos del alba,
que aun por esto la prendiera
si la noche se quejára.
Gobernador.
Estar limpia una ciudad
de gente ociosa, es la causa
de no haber hurtos ni muertes;
en que se vé que se engañan
los que gobiernan, si piensan
que solo el castigo basta.
Prevenir que no sucedan
delitos, con que no haya
quien los haga en quien gobierna
es la prudencia mas alta;

porque castigar despues ;
supuesto que es de importancia
para el egemplo, ya es fuerza,
y es mejor que se escusára.

Capitan.

¿Quién limpiará una ciudad
donde acuden gentes varias?

Gobernador.

¿Quién? el temor del castigo,
y el cuidado del que manda.

Octavio.

¡Oh que á propósito viene *ap.*
á mi intento lo que tratan!
En vuestra busca venia ;
doy al cielo inmensas gracias
de haberos hallado aquí.

Gobernador.

¿Que es, Octavio, lo que mandas,
que haberme hallado agradeces?

Octavio.

Sino te ha dicho la fama
que el Príncipe de Polonia
de rebozo estuvo en Francia,
sabe que entre otras provincias
vino por ver á Madama,
á la corte de Lorena,
y fue huesped de mi casa,
donde hicimos amistad.
Partióse en efecto á España,
peregrino de su gusto:
tuve ante ayer una carta,
en que me dice que un hombre,
tan noble que le llevaba
por secretario (que á veces
no conforma al cuerpo el alma)

todas las joyas le hurtó,
y que si por dicha pasa
por esta ciudad le prenda:
ha sido mi dicha tanta
que hoy le visto en una quinta
pasear con una madama,
que del hurto y del volver
fue por ventura la causa.
Fingí que no conocía
quien era, aunque él me miraba
sospechoso de mis ojos,
que el miedo en todo repara,
y como ves he venido;
no permitas que se vaya
con tal delito, pues puedes
sin peligro, y aun sin guarda,
hacer tan justa prision.

Gobernador.

Cuando trujera mas armas,
mas soldados, mas defensas
para las joyas hurtadas,
que tiene ahora sospechas,
(porque nunca el alma engaña)
yo solo le he de prender,
que para ladrones basta
el temor de la justicia.

Octavio.

Mi intento no es que le hagas
agravio, que es caballero;
mas que con buenas palabras
se cobren todas las joyas.

Gobernador.

El capitan de campaña
venga conmigo no mas,
y dos soldados de guardia.

ESCENA VIII.

SALON DE PALACIO.

Julio y Celia con una carta.

Celia.

Esta es la carta.

Julio.

Sospecho
que con enojo le escribas,
y del que en esto recibas
culpo mi inocente pecho;
que te parlé, sin pensar
lo que el Príncipe sintió
de madama.

Celia.

No sé yo
á quien se deba culpar,
ó á él que dijo que era fea,
ó á tí, porque fuera justo,
que callaras su mal gusto;
pero no hay cosa que sea
mas peligrosa, (y perdona)
que servirse de criados
necios.

Julio.

¡Qué bien castigados
vamos los dos! pero abona
tu culpa en esto la mia.

Celia.

¿Cómo?

Julio.

Si yo te conté
(que toda mi culpa fué)

lo que el Príncipe decia,
el tuyo fué el mismo error,
contándole á la Duquesa
lo que yo dije.

Celia.

No es esa
disculpa.

Julio.

Y aun fué mayor,
que en su ausencia me atreví,
y es como no haber hablado,
pues ausente el mas honrado
no puede volver por sí.

Celia.

¿Sentiste llamarte necio?

Julio

¿Pues no quieres que lo sienta,
si aquello que el alma afrenta,
fué siempre el mayor desprecio?

Celia

¿Pues qué llamas afrentar
el alma?

Julio.

Llamar á un hombre
necio.

Celia.

¿Por qué?

Julio.

Porque es nombre
que por fuerza ha de agraviar
al entendimiento, que es
potencia suya.

Celia.

El honor
te vuelvo.

Julio.

Y por el favor
yo vuelvo á besar tus pies.

Celia.

¿Tú á lo menos no has tenido
á la Duquesa por fea?

Julio.

No quiera Dios que me vea
falto de tan gran sentido,
que solo pusiera un ciego
en duda tanta hermosura.
Es ángel de nieve pura,
con dos estrellas de fuego:
es de la Venus de Fidia
retrato; y con mas primor,
hija del cristal de amor
contra el ojo de la envidia.
Es toda nacar lustrosa,
en cuya boca tambien
las bellas perlas se ven
por celosías de rosa,
cuyo dulce movimiento
enseña un rojo clavel
que es intérprete fiel
de su raro entendimiento.
Sus megillas encarnadas
de manutisas parecen,
cuando entre aljófares crecen
del alba pura esmaltadas:
y por no hacerlas agravios,
te digo que son tan bellas,
señora, que solas ellas
compitieran con sus lábios.
Cuando á las manos te inclines,
de tanta gracia están llenas,

que con rayos de azucenas
parece un sol de jazmines.
Finalmente, su valor
es de tan alta escelencia,
que sin pedirle licencia
ni tira, ni mata amor.

Celia

¿Pues cómo al Príncipe ha sido
Estela un demonio fiero?

Julio.

Porque es un gran majadero.

Celia.

Mira, Julio, que te ha oido
la Duquesa.

Julio.

¿Dónde?

Celia.

Estaba
detras de aquella antepuerta.

ESCENA IX.

Dichos y Estela.

Estela.

Escuchándote encubierta
de tus lisonjas gustaba,
y como de la alabanza
resulta siempre aficion,
tu ingenio y buena opinion
tanto con mi gusto alcanza,
Julio, que quiero pedirte
que en mi servicio te quedes.

Julio.

Hácesme tantas mercedes
en querer de mi servirte,

que en tu nombre, serafin,
pongo la boca dichosa
en la estampa venturosa
del corcho de tu chapin:
¿pero como podrá ser
sin licencia de mi dueño?

Estela.

A sacarte de ese empeño
pienso que tendré poder,
con escribir á Ricardo.
Tú, entretanto que responde,
y que á quien es corresponde,
como de su nombre aguardo,
estarás conmigo aquí,
que me has parecido bien.

Julio.

Gracias, señora, te den
tus mismas gracias por mí.
Alaben tus altas glorias,
y tus virtudes perfetas
en sus versos los poetas,
y en su prosa las historias:
los poetas en sus liras
á tus méritos divinos,
cantando mil desatinos,
las historias mil mentiras.

Estela.

¿Dónde estará tu señor
ahora?

Julio.

Aun no habrá llegado
á España. Ya su cuidado
es de venganza, ó de amor.

ESCENA X.

Dichos, el Gobernador y Octavio.

Octavio.

No es razon que le deis cuenta
(para afrentar este hidalgo)
á la Duquesa.

Gobernador.

Yo salgo
al remedio de esa afrenta.

Estela.

¿ Qué es eso , Gobernador?

Gobernador.

Señora , ha escrito Ricardo ,
el príncipe de Polonia ,
desde Lunevilla á Octavio ,
que hurtándole muchas joyas ,
se le ha vuelto el secretario
á tu corte. Dióme parte
de este suceso , y buscando
los sitios de mas sospecha ,
en una quinta le hallamos :
como avisarte de todo
cuanto pasa me has mandado ,
aunque Octavio no queria ,
á tu presencia le traigo.

Estela.

¿ Octavio ?

Octavio.

¿ Señora ?

Estela.

Muestra
la carta.

Octavio.

Esta es.

Julio.

¡Qué estraño
suceso! ¿un hombre tan noble
en tanta bajeza ha dado?

Estela.

Lee. *Señor Octavio, despues de daros cuenta de que voy con salud, aunque sintiendo vuestra ausencia, sabed que Lauro mi secretario con algunas joyas mias se ha ido esta noche, con admiracion mia y de mis criados, siendo tan gran caballero: si volviere á esa ciudad, donde entiendo que una dama le ha obligado á este desatino, haced que sin afrenta suya sepa de vos el disgusto con que quedo. Dios os guarde. = El Príncipe de Polonia.*

¿Conoceis aquesta firma,
Julio?

Julio.

¿Y cómo? aunque no creo
de Lauro el error que veo,
y que esa firma confirma.

Estela.

¿Quién le trae?

Gobernador.

El Capitan
de campaña.

Estela.

Verle quiero.

Gobernador.

Entrad.

ESCENA XI.

Dichos, el Capitan, que saca á Ricardo preso.

Estela.

¡Gentil caballero,
y por estremo galan!
¿Sois Lauro vos?

Ricardo.

Si señora.

Estela.

Despejad todos la sala;
Celia y Julio solo queden:
vos, Capitan de campaña,
volved despues por el preso.

Capitan.

¿Cuando vuestra alteza manda?

Estela.

Mas no volvais que no importa,
aquí estará en confianza.

ESCENA XII.

Estela, Celia, Ricardo y Julio.

Estela.

Di, caballero, ¿sirviendo
á tan gran señor le hurtabas
sus joyas, y fugitivo
desde el camino de España
á Lorena te volvias,
y oculto en mi corte estabas?
¿Qué ocasion pudo moverte
para tan infame hazaña,
y para venirte aquí
con obligaciones tantas

de noble, y de secretario
de un Príncipe, y con gallarda
persona, y con ser forzoso
tu ingenio, en bageza igualas
á los hombres mal nacidos?

Ricardo

Señora, en cuya alabanza
de entendimiento y belleza,
gasta la parlera fama
trompetas de inmortal bronce,
del fenix purpúreas alas,
con los ojos del pabon,
que ya de celeste plata
clavos errantes y fijos
el zéfiro eterno esmaltan;
yo soy Lauro de Lorena,
que fué mi padre de Francia,
y fuí vasallo del tuyo,
si en el título reparas.
Casóse en Cracobia insigne
con una dama polaca,
de suerte que soy frances,
de suerte que ya te alcanza
la obligacion al favor
por vasallo de tu casa.
Supe en mis primeros años
lo que buenas letras llaman,
y dime á la astrología
despues de otras ciencias varias;
porque puesto que no obligan
las estrellas, pues la sábia
prudencia puede regirlas,
y que ellas fueron criadas
por el hombre, y no él por ellas,
es ciencia tan dulce y alta,

*

y tan digna de un ingenio,
que me precié de estudiarla.
Supe, en efecto, por ella
que en tu corte me guardaba
un grande bien la fortuna,
que fue de volverme causa
desde el camino á tu corte;
que las joyas de la carta,
que dice el Príncipe, ha sido
invencion, porque la infamia
me obligue á volver con él.
Tanta ha sido mi privanza,
que era yo Ricardo, y él
Lauro, sin que apenas haya
diferencia entre los dos,
sirviendo á los dos un alma:
y pues Julio está presente,
bien sabe que no se hallaba
Ricardo un punto sin mí,
y que fue nuestra crianza
una misma, siempre juntos
desde la primera infancia
hasta la presente edad:
pero si acaso te espanta
la ingratitud con que olvido,
quien con tanto amor me paga,
si amor merece disculpa,
(que en las pasiones humanas
le dan el imperio egemplos)
amor, señora, me salva.
Estando el Príncipe un dia
que salió su alteza á caza,
con poco gusto de verte
¡mira que necia desgracia!
yo ví, no lejos de tí,

una tan hermosa dama,
que vine á creer que amor
mudó la flecha y la aljaba
en arcabuz, como dicen,
que cual la violenta bala
derriba el ave á la tierra,
que envuelto el cuello en las alas,
baja sin sangre, que toda
por el aire la derrama;
así yo sentí de un golpe
salir de mi pecho el alma,
envuelta en tristes suspiros.
Pasé la noche en mil ansias,
y antes de ver el aurora,
el Príncipe se levanta,
y me notifica ¡ ay triste!
que quiere partirse á España:
fue forzoso obedecerle;
pero en aquella jornada
traian su amor y el mio
tan espantosa batalla,
que quedó vencido el suyo;
y por la posta, Madama,
volví á tu corte, que estoy
loco de mirar su cara,
contento de estar presente,
gustoso de imaginarla,
suspenso en su perfeccion,
muerto de sus bellas armas,
aficionado á su ingenio,
rendido á sus bellas gracias,
obligado hasta la muerte;
porque le doy la palabra
de pretenderla sin vida,
de amarla sin esperanza.

Estela.

Sin tanta satisfaccion
vuestra persona abonaba,
que solo son vuestros hurtos
de voluntades honradas:
que amor á Lorena os vuelva,
es disculpa, no es desgracia:
seguid, Lauro, vuestro intento,
y si alguna cosa os falta
en mí la tendreis segura.

Ricardo.

Con mas que palabras almas,
beso mil veces la tierra
que esos jazmines esmaltan:
vendré á veros, si me dais
licencia, hermosa madama.

Estela.

Holgaréme de saber
lo que con la vuestrs os pasa,
y como os va de favor.
¿Celia?

Celia.

¿Señora?

Estela.

La salva
con que ha entrado este navio,
muestra que de paces trata:
¿mas si eres la dama, Celia?

Celia.

Cree que no me pesara,
que me quisiera.

Estela.

Ni á mí.

Celia.

¿Qué dices?

Estela.

Que no te iguala.

ESCENA XIII.

Ricardo y Julio.

Ricardo.

¡Ay, Julio!

Julio.

Acá estamos todos.

Ricardo.

¿Parécete que se entabla
mi pretension?

Julio.

Lindamente;
pero guarda bien las cartas,
no te conozcan el juego,
aunque es nueva la baraja.

Ricardo.

¿Qué te dijo de ser fea?

Julio.

Allá verás de tu carta
la respuesta, y lo que entiendo
es que ha quedado picada,
y que vengarse desea.

Ricardo.

Yo haré de suerte que salga
muy caro, Julio, de amor
el precio de la venganza.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

SALON DE PALACIO.

Estela y Celia.

Estela.
Estoy contenta de ver
de Lauro el entendimiento.
Celia.
Mucho me espanta tu intento.
Estela.
Soy agraviada y muger.
Celia.
Si miente en llamarte fea,
¿qué venganza de su error
es, para mostrarle amor,
solicitar que te vea?
Estela.
Porque tengo confianza,
que le puedo enamorar,
en que pretendo fundar
la mas discreta venganza.
Enamorado de mí,
yo te le pondré de modo
que se desdiga de todo
lo que Julio dijo aquí:
sin esto, cuando mas cierto
de mi amor Ricardo esté,
con mil desdenes le haré
vivir abrasado y muerto.

Hasta llegar á querer
un hombre, es hombre.

Celia.

Es verdad
que pierde la libertad,
que es como dejar de ser.

Estela.

Luego si ha de ser Ricardo
solo lo que yo quisiere,
de estar sujeto se infiere
que mayor venganza aguardo:
guárdese un hombre de dar
su libertad por querer,
porque entonces no hay muger
que no se sepa vengar.
Yo voy con Lauro tratando
que el Príncipe venga á verme:
si él viene, y viene á quererme,
tú le verás suspirando,
tú le verás padeciendo;
porque en viéndole querer,
tengo de darle á entender
que estoy por Lauro muriendo.
Lauro tiene gentileza;
de zelos se ha de abrasar.

Celia.

No se puede dar pesar
á costa de la grandeza;
que donde hay tanto valor,
no sé, Estela, como quieres
imitar á las mugeres
viles en tretas de amor.

Estela.

Y aun por andar tan iguales,
Celia, á su grandeza asidas,

suelen ser menos queridas
las mugeres principales:
dejame seguir mi intento.

Celia.

¿Y Lauro háte declarado
quien es la dama que ha dado
principio á su pensamiento?

Estela.

No lo ha querido decir,
ni era justo porfiar,
secreto la quiere amar,
si no la quiere servir;
que este amor debe de ser
al tiempo antiguo.

Celia.

Aquí viene
Julio.

Estela.

Grande amor le tiene.

Celia.

El lo debe de saber.

ESCENA II.

Dichas y Julio.

Estela.

¿Qué hay, Julio?

Julio.

Venir, señora,
á ver si te sirvo en algo,
que con lo poco que valgo
mi desconfianza ignora
servicio que pueda hacerte
de mas consideracion,
que para toda ocasion

ser tu esclavo hasta la muerte.

Estela.

Hoy se ofrece en que podrás
mostrarme ese buen deseo.

Julio.

Y hoy la dicha en que me veo,
si tanto favor me das.

Estela.

¿Quién es la dama á quien ama
Lauro?

Julio.

Pésame, por Dios,
porque aunque amigos los dos
nunca me ha dicho su dama.
Lo que mas puedo decir
es que me parece dentro
de palacio, así por centro
de hermosura á quien servir,
como porque no le veo
fuera de él mirar ni hablar,
de donde pueda sacar
la causa de su deseo.
Duermo en su mismo aposento,
y de noche el pobre amante
es relox, cuyo volante
es alma del movimiento
Así parece en la cama,
y las horas los suspiros
que dan amorosos tiros
al índice de su dama;
todo con tal desconcierto
que nunca supe la hora
de esta encubierta señora.

Estela.

Pues yo tengo por muy cierto

que eres tú, Celia.

Celia.

¿Yo?

Estela.

Si.

Celia.

No lo crea vuestra Alteza,
fie mas de su belleza.

Estela.

¿Qué dices? ¿quererme á mi?

Celia.

¿No se ve claro en tener
Lauro secreto su amor?

Estela.

¡Qué desatinado error!

Celia.

¿No puede un hombre querer
sin ofensa del sugeto,
con secreto, y discrecion?

Estela.

No es amor, Celia, pasion
que sabe guardar secreto:
ahora bien, quien fuere sea,
y es mucha curiosidad:
por lo menos es verdad
que no le parece fea.
Vamos de aquí.

Celia.

Siempre asiste
ese pensamiento en tí.

Estela.

Necia en ofenderme fuí
de agrávio que no consiste
en la razon, siendo el gusto
un alvedrío sin ley,

que de los sentidos rey
puede ser justo, ó injusto:
mas ya que mi confianza
dice que es ofensa mia,
no dejaré la porfia
hasta tener la venganza.

Celia.

¡Valiente resolúcion!

Julio.

Esto se encamina bien,
porque el favor ó el desden
de una misma suerte son:
porque como del favor
puede nacer la mudanza,
tiene el desden esperanza
de que se mude en amor.

ESCENA III.

Julio, Ricardo, y Octavio.

Octavio.

Pues ya caminan tan bien
por la privanza de Estéla
tus cosas, que á tu cautela
no hay crédito que no den;
advierte, Ricardo amigo,
no Lauro, pues para mí
no eres Lauro, pues yo fui
parte entonces, y hoy testigo
de tu secreta invencion
que es Celia la misma vida
que tengo en el alma asida,
y que ha llegado ocasion
en que me puedas pagar
lo que te he servido en esto.

Ricardo.

En obligacion me has puesto
que es ímposible pensar
humana satisfaccion:
mira en que puedo servirte.

Octavio

Basta, Ricardo, decirte
que tengo á Celia aficion:
tú, pues, si llega ocasion,
infórmala bien de mí,
pues mejor se escucha así
una amorosa aficion:
esto has de hacer en efeto,
porque en los tratos de amor
es el concierto mejor
por un tercero discreto.

Ricardo.

Fía de mí, que tendré
mas cuidado que del mio.

Octavio.

De tí mi remedio fio.

Ricardo.

¿Amigo Julio?

Julio.

Aguardé
que con Octavio acabases
el comenzado discurso,
para no romper el curso
de lo que con el tratases

Ricardo.

¿Hablaste al Gobernador?

Julio.

Díle tu carta fingida,
de su gusto recibida
con muchas muestras de amor:

díjele que habia venido
de donde el Príncipe estaba,
que si responder gustaba,
el que la habia traido
mañana se partiría.

Octavio.

¿Carta le escribes?

Ricardo.

Despues
sabrás, Octavio, lo que es.

Julio.

Cuando de darla venia,
doy con Celia y con Estela,
de quien, señor, entendí,
que se han de lucir en tí
la ficcion y la cautela.
Notable examen, por Dios,
sobre saber quien ha sido
la dama que te ha traido,
hicieron en mí las dos;
porque debe de pensar
cada una que es por ella.

Ricardo.

¿Y qué digistes?

Julio.

Que de ella
solamente imaginar
que era en palacio podia;
pues fuera á nadie mirabas,
que de noche suspirabas,
y andabas triste de dia.

Ricardo.

Bien hiciste; porque es justo
ir poco á poco y á tiento;
porque de este fingimiento

no nos resulte disgusto.

Julio.

Dices bien; pero yo sé,
que no le falta de tí.

Octavio.

La Duquesa viéne aquí.

Ricardo.

Vete, Julio.

Octavio.

Y yo me iré,
con volverte á suplicar
no se te olvide mi ruego.

Ricardo.

Será, Octavio amigo, luego
que Celia me dé lugar.

ESCENA IV.

Ricardo y Estela.

Estela.

¿Lauro, estás solo?

Ricardo.

Aquí estaba
Octavio.

Estela.

¿Fuese?

Ricardo.

Ya se ha ido.

Estela.

Muchas veces he querido
(que sus cabellos me daba,
Lauro, la ocasion) fiarte
un secreto, y me ha faltado
atrevimiento: hoy me ha dado
licencia mi honor de darte

satisfaccion del temor,
y cuenta de lo que espero
que tan noble caballero
hará por mi propio honor.

Ricardo

Imagine Vuestra Alteza
las fábulas ó verdades
de aquellas antigüedades
llenas de horror y estrañeza;
é imagine que Theseo,
va á matar al Minotauro,
y presuma que de Lauro
espera el mismo trofeo;
Imagine que desea
tener las manzanas de oro,
cuyo guardado tesoro
fue perdicion de Medea;
imagine que pretende
del campo Eliseo un laurel,
y que pasando por él,
el infierno le defiende,
ó la cristalina esfera,
por quien hoy Atlante es monte,
ó como Belerofonte,
ir á matar la Quimera,
que no pondré duda alguna,
si lo intentan estorbar
la tierra, el infierno, el mar
y el poder de la fortuna.

Estela.

Pues en esa confianza,
caballero ilustre, advierte,
que aquel dia que me vió
el Príncipe tu pariente,
ó tu dueño, si lo ha sido,

(esto como tú quisieres)
dijo (no sé como diga,
para tratarlo de suerte,
ó con disculpa mas justa
la causa que me entristece)
que era yo en estremo fea;
vino este Julio á traerle
á Celia una carta suya,
y como ella pretendiese
saber si yo le agradaba,
(pues vino á esta corte á verme)
tan descortés como el dueño,
dijo que no libremente:
ahora quiero que veas
lo que somos las mugeres,
que mi vanidad acuses,
y que mi enojo condenes.
Tan grande le tuve, Lauro,
que no hay cosa que no intente
por vengarme de este necio;
y asi quiero, pues tú puedes
ayudar á mi venganza,
que mi amistad recompenses
en escribir á Ricardo
que venga á Lorena á verme,
con una invencion notable:
escúchame atentamente.
Tú has de decir en la carta,
que tanta privanza tienes
conmigo, que te he contado
mis pensamientos mil veces,
y que te dige que el dia
que me vió, sin que entendiese
que yo le veia, le ví,
y conocí claramente;



porque Cecilia me lo dijo:
y que me dejó de verle
tan perdida desde entonces,
que siendo naturalmente
alegre, vivo tan triste
que no hay cosa que me alegre;
porque de todos los hombres
me pareció diferente,
con cuya imaginacion
no hay noche que no me acueste,
ni dia que sin deseos
de volverle á ver despierte;
y que yo misma te dige
que si á la corte volviese
tendria gusto de hablarle;
novedad de mis desdenes,
castigo de mis desprecios
padecidos justamente
por haber sido con todos
ingrata y áspera siempre.
Dentro, Lauro, de la carta
quiero tambien que le lleven
un retrato, porque vea
lo que tan mal le parece:
este es hombre, al fin, y mozo,
y pienso que como piense
que una muger como yo
con tanto estremo le quiere,
vendrá sin duda á buscarme,
que tanto les desvanece
su presuncion; y está cierto
que si el necio á verme viene,
le tengo de enamorar
tan diestra y tan falsamente
que llegue á vivir sin alma;

y que cuando llegue á verse
en estado que yo pueda
á la venganza atreverme,
me tengo de retirar
con zelos y con desdenes,
que le ponga en ocasion
que le parezca la muerte
mas alegre que la vida:
y si este caso sucede
como le tengo trazado,
y tú, Lauro, no me vendes,
tengo de hacer que Ricardo;
aunque no quiera, confiese
que soy lo que dicen todos,
y que en haber dicho, miente,
que soy fea, despreciando
lo que en reinos diferentes
ha parecido á sus dueños
(tan buenos como él) de suerte,
que por mil embajadores
han intentado ofrecerme
los imperios y las manos,
para que acetase y diese
las mias á quien castiga
mi arrogancia justamente,
pues me ha despreciado un hombre
que solo el nombre me ofende;
que no merecen amor
los que son tan descorteses
que á las mugeres les quitan
lo mejor que las concede
naturaleza piadosa
para que estimadas fuesen;
y pues no estás bien con él,
permíteme que me vengue,

si vencido de tu engaño,
y desvanecido vuelve;
que no hay víbora en la Scitia,
ni tiene el Africa sierpe,
como muger agraviada
de que el hombre la desprecie.

Ricardo.

Pésame, Duquesa ilustre,
(por la parte que me toca
Polonia) la opinion loca
de un hombre de tanto lustre;
que aunque no es justo alabar
delante de quien lo siente,
el que agravia injustamente
al que se quiere vengar,
os aseguro que es hombre
de entendimiento y valor,
y en efecto un gran señor,
que basta solo este nombre.
No sé como puede ser
que le pareciese mal
un ángel tan celestial
en figura de muger:
pero en fin, hay en los gustos
tal vez tan mala eleccion,
que en la mayor discrecion
son por estraños injustos:
pero os puede consolar
que de vuestra parte estaba,
que siempre se desalaba
lo que se quiere comprar.
Justamente os vengareis,
y yo á escribirle me ofrezco
contento de que merezco,
que estrangero me fieis,

señora, tan gran secreto;
y así pienso despachar
á Julio, que sabrá dar,
como criado y discreto,
la carta en su propia mano.

Estela.

Pues esto aparte escuchad,
si en nuestra firme amistad
todo cumplimiento es vano:
cuando un músico pretende
á otro músico escuchar,
suele primero cantar,
y el otro no se defiende;
porque al fin está obligado
de lo que el otro cantó;
y así para oiros yo
mi secreto os he contado.
¿Cómo se llama la dama
á quien servís?

Ricardo.

Gran señora,
no me pregunteis ahora
como mi dama se llama,
porque siendo desigual,
notable ofensa sería.

Estela.

El favor y amistad mía
¿como puede estarte mal,
sea quien fuere la dama,
pues yo ayudarte prometo?

Ricardo.

Por pagar vuestro secreto,
Celia, señora, se llama.

Estela.

Pésame.

Ricardo.

¿Por que?

Estela.

Yo soy
con vosotros desgraciada:
nacion tan mal inclinada
á mi favor.... ¡loca estoy!
tu dueño me llama fea,
y tú aun de burlas no quieres,
(tan descortés, Lauro, eres)
querer que la dama sea:
notable estrella he tenido
con vosotros.

Ricardo.

Pues, señora,
¿si yo te dijera ahora,
á tu grandeza atrevido,
que eras el alto sugeto
de mi humildad, no me hicieras
castigar?

Estela.

No, mientras fueras
honestamente discreto;
porque ¿cómo puede ser
dar castigo por amar?
Por amar se ha de premiar,
que no por aborrecer:
querer mal á quien me quiere
no era cosa natural;
yo no te quisiera mal,
pues de esta razon se infiere:
el galan que se contenta
del estado de su dama,
jamas ofende á quien ama,
pues lo que es honesto intenta.

Ricardo.

Duquesa y señora mia,
dándome tanta licencia,
vuestra discreta prudencia,
vuestra dulce cortesia,
dirá (¡ mas hay osadia *ap.*
de mis fáciles antojos,
¿cómo direis mis enojos,
si podeis con menos mengua
hacer de los ojos lengua,
pues saben hablar los ojos.)
¿Quién es el sol que me enciende,
y me yela y me acobarda;
quien la tirana gallarda
que en su dulce Argel me prende;
quien me entiende y no me entiende:
quien es mi dulce homicida;
quien mi esperanza perdida
en tanta gloria convierte,
que de tan hermosa muerte
aun se halla indigna la vida?
Ea, pues, atrevimiento,
ahora es tiempo de hablar,
pues os mandan declarar
vuestro oculto pensamiento;
mas si lo que callo y siento
se puede en los ojos ver,
presumir y conocer,
aunque me deje morir
no se lo quiero decir,
pues no lo quiere entender.

ESCENA V.

Estela.

Con razon me tuvo atenta
relacion tan bien fundada;
de oirle quedo admirada,
mas no quedo descontenta;
que cualquiera atrevimiento,
siendo amoroso, perdona
una gallarda persona,
y un discreto entendimiento.
Mucha licencia le dí,
por saber á quien quería,
mas sirva en disculpa mia
el querérme Lauro á mí;
porque enojada y corrida,
estaba desconfiada,
del Príncipe despreciada,
y de Lauro aborrecida:
que á quien ninguno procura
querer bien, y vive en calma,
ó es hermosura sin alma,
ó es alma sin hermosura.

ESCENA VI.

Estela y Celia.

Celia.

Bien despacio vuestra Alteza
ha estado con Lauro..

Estela.

Emprendo
la venganza que pretendo

de su ingenio y su nobleza,
que á los dos he confiado
el hacer que venga aquí
Ricardo.

Celia.

¿Y dice que sí?

Estela.

Esa palabra me ha dado.

Celia.

¿Pues cómo vendrá?

Estela.

Secreto,
para que le pueda hablar,
que hablándole, pienso dar
á mi pensamiento efeto.

Celia.

¿Y si se sabe en la corte
que Ricardo viene aquí?

Estela.

Dejame el cuidado á mí,
cuando el esconderle importe,
que le tengo de burlar,
aunque aventure en rigor
cuanto no fuese mi honor.

Celia.

No te quiero aconsejar;
conozco tu condicion
tan furiosa resistida,
que aunque aventure la vida
has de lograr tu opinion:
pero dime, ¿preguntaste
á Lauro la dama?

Estela.

Sí.

Celia.

¿Y á quien ama Lauro?

Estela.

A tí.

Tú, Celia le enamoraste,
tú le trajiste á Lorena,
por tí su dueño olvidó.

Celia.

No es posible sea yo
la que lo fue de su pena.

Estela.

No me dé el cielo ventura,
si no me lo dijo asi.

Celia.

¿Qué me quiere Lauro á mí?

Estela.

Bien puedes estar segura.

Celia.

¿Y agradecida tambien?

Estela.

Eso no; porque es mal caso,
cuando sabes que te caso,
querer á ninguno bien.

Celia.

Si le pesa á Vuestra Alteza,
ni le veré, ni hablaré.

Estela

No me pesa; pero sé
que puede su gentileza
impedir la voluntad
del tratado casamiento,
si este nuevo pensamiento
te quita la voluntad.

Celia.

No pasará por el mio

querer á Lauro.

Estela.

Harás bien. *Vase.*

Celia.

No hay ocasion que le den
al amor, como el desvio;
mal, si con zelos intenta
que muestre á Lauro rigor;
porque resistido amor,
con la privacion se aumenta.

ESCENA VII.

Ricardo y Julio.

Ricardo.

Ponte, Julio, de camino,
y por la posta saliendo,
á vista de la ciudad
llegarás á donde tengo
al Conde y á los criados
que de Polonia vinieron
en mi servicio, y dirás
que vuelvan todos fingiendo,
aunque con pocò ruido,
que vengo tambien con ellos:
esta carta me darás, *Dale una carta.*
en que le escribo, que luego
que ví la de Lauro, puse
en egecucion su intento;
y advierte, que me la des,
con atrevido despejo,
delante de la Duquesa.

Julio.

No has tenido pensamiento
de mas ingenio en tu vida.

Ricardo.

Es amor grande ingeniero:
las máquinas de Arquimedes
no son encarecimiento
para las que tiene amor.

Julio.

Ya sé que amor es tan diestro,
que fabrica laberintos
tal vez á maridos necios.

Ricardo.

Parte, Julio, con cuidado.

Julio.

Yo parto en brazos del viento,
para volver con sus alas. *Vase.*

Ricardo.

Y yo quedo satisfecho
de tu diligencia, Julio.

ESCENA VIII.

Ricardo y Celia.

Celia.

¿Lauro?

Ricardo.

¿Señora?

Celia.

¿Qué es esto?
¿dónde despachas á Julio?

Ricardo.

Al Príncipe, con deseo
de dar gusto á la Duquesa,
á quien ya tengo por dueño:
ni es deslealtad engañarle
y hacerle venir, pues pienso
que aunque pretende burlando

enamorarle, el ingenio
de Ricardo es tan sutíl,
que por sin duda sospecho
que le ha de querer de veras.

Celia.

Aquí me dijo su intento,
y que habia preguntado
quien era aquel nuevo empleo
de tus pensamientos, Lauro.

Ricardo.

¿Y qué te dijo?

Celia.

No acierto
á decirte qué soy yo;
pero si no te agradezco
tanto amor, que por el mio
hayas dejado á tu dueño,
y aventurando tu honor
en ocasion te hayas puesto
de estar en pais estraño
con nombre tan bajo, y preso;
mal cumplo la obligacion
de mi noble nacimiento;
y así digo que lo estimo,
Lauro galan, como debo,
y cuanto puede mi estado
mostrar agradecimiento;
que de ser agradecida
á quien me estima me precio,
mayormente con amor
que es accion de nobles pechos.

Ricardo.

Celia, yo sé que un hombre desdichado,
Para mayor desdicha fue dichoso,
Como mi egemplo muestra que ha llegado

A romper mi silencio temeroso:
Tu agradecido pecho, tu cuidado,
Y el verme tan aprisa venturoso,
Siendo en tus prendas mi valor tan poco,
Fueran bastantes á volverme loco.

Díjome Octavio que eras, Celia hermosa,
Alma de sus sentidos, y que estaba
Sin la suya por tí, con amorosa
Ternura, que las piedras ablandaba;
Que, pues con la Duquesa generosa
Hallé tal gracia, que en palacio entraba
Con libertad, y en él te hablaba y vía,
Fundaba su esperanza en mi osadía.

Quererte y engañarle es imposible,
Aunque me muera yo, dejarle debo
La empresa á Octavio, y con dolor terrible,
Cuando puedo vivir, la muerte apruebo:
Tú, cuando fuere á tu valor posible
(Mira que engaño en el amor tan nuevo)
Que á Octavio favorezcas, sin que Octavio
Sienta mis zelos, y tu amor mi agravio.

Celia.

Si tuvieras amor, ¿quién te quitaba
Que le digeras, Lauro, á Celia quiero,
Aunque lo que él de mí te declaraba,
En su imaginacion fuera primero?
Mas como el no tenerle te obligaba,
Sigues la ley de amigo verdadero,
Que tantos han quebrado con disculpa,
De que el agravio por amor no es culpa.

Traidor fuiste á los dos, á tí callando
Tu amor, cuando su amor te fue diciendo,
Y á mí, pues mis favores despreciando,
De tu villana ingratitud me ofendo:
Ninguno me hable, aunque se muera amando

porque á los dos estoy aborreciendo.

Ricardo.

Celia, señora.

Celia.

Vete, impertimente.

Ricardo.

Por Dios, que la engañé discretamente.

ESCENA IX.

Celia, Estela y el Gobernador.

Estela.

¿Carta del Príncipe á tí?

Gobernador.

Por mano de Octavio ha sido
este milagro.

Estela.

Ofendido
Ricardo estará de mí,
viendo que dí libertad
á Lauro.

Gobernador.

Engáñase en todo
Vuestra Alteza: de otro modo
intenta hacerle amistad.

Estela.

¿Como amistad?

Gobernador.

Esta es
la carta, que vista fuera
causa que pena me diera
de haberle preso despues. (1)

(1) *Dale una carta á Estela, y esta á Celia.*

Estela.

Celia ¿es su letra?

Celia.

Y su firma.

Estela.

Lee.

Celia.

Escucha.

Estela.

Como sombra
este Príncipe me asombra,
y sus agravios confirma.

Celia.

Lee. *El enojo que me dió Lauro con su necia partida, me hizo tomar tan mal consejo por detenerle. Suplico á V. S que si está preso, le dé libertad, y si no, le persuada que se cuelva conmigo, que estoy en una Aldea, á veinte leguas de esa corte enfermo, desde que se partió; porque fuera de ser mi primo, es mi mayor amigo.*

Estela.

Dos cosas vienen aquí
notables; es la primera
ser su primo: ¿quién creyera
menos de Lauro?

Celia.

Es así;
la nobleza trae escrita.

Estela.

La otra, que enfermo esté
desde que de aquí se fué.

Celia.

No sin causa solicita
que vuelva Lauro con él.

Estela.

Responded, Gobernador,
que no fuisteis con su honor
de Lauro vos tan cruel,
y que nunca estuvo preso;
que le hablareis con cuidado
de verle tan agraviado
por aquel pasado esceso:
pero no le prometais,
que irá á verle......

Gobernador.

A escribir voy.

Estela.

Ni, que yo avisada estoy
del mal que tiene, escribais.

ESCENA X.

Estela, Celia y Ricardo.

Ricardo.

Parecióme que trataban,
gran señora, Vuestra Alteza
y el Gobernador de mí.

Estela.

Hay una cosa muy nueva.

Ricardo.

¿Cómo?

Estela.

El Príncipe tu dueño,
mejor tu primo digera,
no veinte leguas de aquí
está enfermo en una aldea.

Ricardo.

¿Enfermo?

Estela.

Así lo escribió.

Ricardo

¿Pues cómo estando tan cerca
no se ha sabido?

Estela.

Habrá dado
tambien en que no se sepa,
como en otras necedades;
porque presumo que piensa
que estás preso.

Ricardo.

A no haber sido
por tu piedad, yo estuviera,
no solo en duras prisiones
entre la gente plebeya,
mas por ventura sin vida.

Estela.

Primero la suya sea
egemplo de desdichados,
y nunca á Polonia vuelva.

Celia.

¿No le dices como quiere
que Lauro vaya á la aldea?

Ricardo.

¿Pues escribe que yo vaya?

Estela.

Con el temor de tu ausencia
aun no te osaba decir
que verte, Lauro, desea;
pero si sientes tu agravio
(como es razon que lo sientas)
no pienso yo que en tu vida
volverás donde te vea.

Ricardo.

Si mi ausencia, como dice,
la ha de sentir Vuestra Alteza,
perdone esta vez Ricardo,
por mas que la sangre mueva
los deseos de su vista;
fuera de estar mi inocencia
tan sentida de su agravio.

ESCENA XI.

Dichos y Julio con una carta.

Julio.

Quién pensára que pudiera
volver tan presto de España.

Ricardo.

¿Es Julio?

Julio.

Con razon llegas
á dudar si Julio soy,
dando tan presto la vuelta,
que mas parece soy Marzo.

Estela.

Lauro, ¿Julio estaba fuera?

Ricardo.

Fue el criado que escogí,
fiado en su diligencia,
para lo que hacer mandaste;
y pues ya lo sabe Celia,
y este loco ha entrado aquí
(que hablarme despues pudiera)
él te dirá lo que pasa,
escuchando que en la aldea,
que dice el Gobernador,
le ha detenido en Lorena
peligrosa enfermedad.

Julio.

Si lo saben, ¿qué me queda
para que le pida albricias?

Ricardo.

Saber, si te dió respuesta.

Julio.

Esta carta, y por la tuya *Dásela.*
el porte de esta cadena:
queda loco del retrato,
y el favor de la Duquesa;
de suerte que al mismo punto
(como si tu imágen bella
fuera de milagros) pide
le den de vestir, y queda
tan alentado y brioso,
que el Conde y la gente nuestra
han dado con los caballos
por varias partes carreras,
alborotando el lugar,
como, al salir la sentencia
de un gran estado en las córtes,
los que van á dar las nuevas.

Estela.

¿Pues el que me tuvo en poco,
y á quien parecí tan fea,
con belleza y mi favor
y mi retrato se alegra?

Ricardo.

Debe de querer el cielo
dar á tu venganza fuerzas:
leeré la carta.

Estela.

Despues
quiero, Lauro, que la leas;
cuando estemos los dos solos,

Ricardo.

¿De qué manera conciertas,
que venga á verte Ricardo?

Estela.

Porque no demos sospecha,
verme de noche podía.

Ricardo.

¿Y ha de entrar á tu presencia?

Estela.

No, Lauro, que no es razon.

Ricardo

¿Pues cómo quieres qué sea?

Estela.

Hablándome como amante
por alguna de las rejas
que salen á los jardines.

Ricardo.

Ya voy previniendo penas.

Estela.

¿De qué, Lauro?

Ricardo.

¿Ya, señora,
de aquel favor no te acuerdas,
con que prometiste dar
vida á mi esperanza muerta?

Estela.

Si acuerdo.

Ricardo.

¿Pues no es razon
que celos de un hombre tenga
de las prendas de Ricardo?

Estela.

Calla, Lauro, que si llega
esta venganza á su punto,
como mi agravio desea,

él tendrá zelos de tí.

Ricardo.

Beso los pies de tu Alteza.

ESCENA XII.

Ricardo, Celia y Julio.

Celia.

¿Lauro?

Ricardo.

¿Celia?

Celia.

¿No hablarás
conmigo mientras Estela
con el Príncipe?

Ricardo.

Si Octavio,
señora, me dá licencia.

Celia.

¡Qué cobarde caballero!

Ricardo.

Señora, guardar es fuerza
el decoro á la amistad.

ESCENA XIII.

Ricardo y Julio.

Ricardo.

¿Qué dices, Julio?

Julio.

Que enredas
tal máquina de invenciones,
que es imposible que puedas
si has de ser Lauro y Ricardo,
salir bien con lo que intentas.

Ricardo.

En gran peligro me veo,
pues he de hablar en la reja
á Estela, como Ricardo,
y como Octavio con Celia:
mas como voy entablando,
Julio, el amor que me muestra,
¿qué daño puedo temer
cuando el engaño se entienda?

Julio.

Pareces amante alcon
en conquistar su belleza,
que gustan de que la caza,
que han de comer, se defienda.

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

DECORACION DE JARDIN.

Octavio y Ricardo.

Octavio.
Notable invencion ha sido,
tú mismo fingirte á tí.

Ricardo.
Mayor es, estando aquí,
ser el Conde el que ha venido.

Octavio.
¡Qué bien fingido secreto!
bien llegaron tus criados.

Ricardo.
Vienen diestros y enseñados
del Conde para este efeto;
pero el peligro mayor
es hablar á la Duquesa:
cuando esto pienso, me pesa
de haberla tenido amor.

Octavio.
En vano tienes temor,
que no te ha de conocer
por el habla, si ha de ser
en la distancia mayor;
y cuando á su pensamiento
malicia pueda llegar,

por la patria ha de pensar,
que teneis un mismo acento.

Ricardo.

Esa razon es verdad,
y gran ventura haber sido
esta noche, en que he venido,
un limbo de oscuridad.
Algo tiene que decir
la luna en esta ocasion
al pastor Endimion,
pues no ha querido salir:
y como son sus doncellas
las estrellas que la ven,
habrá querido tambien
recoger á las estrellas:
lluvioso el cielo se muestra,
y favorable á mi engaño.

Octavio.

El habla no te hará daño,
que no es Estela tan diestra;
y como es tan poderosa
la imaginacion, no dudes
que por poco que la mudes,
quede Estela sospechosa.

Ricardo.

Parecéme que dirás,
¿á qué efecto me he fingido
con ella el mismo que he sido,
pues no ha de quererme mas?
Mira, Octavio, esta señora,
por soberbia de hermosura,
dió en despreciar la ventura
que tiene dudosa ahora;
pues yà la tengo en estado,
que cuando llegue á saber

quien soy, no podrá tener
desprecios de mi cuidado.

Octavio.

Dichoso fuiste, mas yo
tan desdichado me veo
con Celia, y con mi deseo,
que Celia me aborreció,
y él no me quiere dejar.

Ricardo.

Celia será tuya

Octavio.

¿Mia?

Ricardo.

Si llegare, Octavio, dia
que yo lo pueda mandar.

Octavio.

Quiéralo el cielo.

Ricardo.

Si hará.

Octavio.

Julio sale.

ESCENA II.

Dichos y Julio.

Ricardo.

¿Es hora?

Julio.

Si.

Ricardo.

¿Sale ya á las rejas?

Julio.

Ya.

Ricardo.

Pareces eco.

Julio.

En oyendo
que estaba allí, me llamó,
entré, ví al sol, y él me vió
á media noche saliendo:
aquí vieras la oratoria
en su punto: finalmente
me preguntó: ¿cómo sieute
Lauro la amorosa historia
de su príncipe Ricardo?
Despues que á la corte vino,
ya celoso le imagino,
que me dicen que es gallardo.
Señora, la repliqué,
toda la noche han estado
juntos, y de tí han hablado:
y en esto no la engañé,
pues que sois uno los dos.
Siente que esta noche quieras
hablarle, y si perseveras,
matas á Lauro, por Dios.
Ya no lo puedo escusar,
dijo, pues está en la calle,
y celos, sin ver su talle,
¿cómo se pueden causar?
Vete, dijo, y dí que ya
salgo al balcon. Está atento,
que en las celosias siento
que alguna persona está;
y pues te has determinado,
llega á morir ó á vencer.

Ricardo

Dos papeles he de hacer,
que el poeta amor me ha dado:
ya he de ser Ricardo, y ya

Lauro; pero Octavio entienda,
que los mismos le encomienda,
que así concertado está:
Ricardo y Lauro he de ser.

Octavio.

Si sales con este engaño,
servirá de desengaño
de lo que amor puede hacer.

ESCENA III.

Dichos, Estela y Celia, cada una á su reja.

Octavio.

En dos partes hacen señas.

Ricardo.

Si á Celia, Octavio, conoces,
fíngete Lauro con Celia,
porque yo me fingiré
Ricardo con la Duquesa,
si es fingirme el ser quien soy:
tú, Julio, ya entiendes.

Julio.

Llega,
y entre tanto dormiré,
mientras ellos se desvelan.

Estela.

¿Es el Príncipe Ricardo?

Ricardo.

¿Es, señora, Vuestra Alteza?
Finjo la voz para que *ap.*
tenga el engaño mas fuerza.

Estela.

Yo soy.

Ricardo.

Y yo quien adora
esas hermosas estrellas.

Estela.

¡Cielos, el eco en Ricardo *ap.*
á la voz de Lauro suena!
¿Qué direis de mi osadía?
pero fuera yo muy necia
si disculpára a quien vió
vuestra rara gentileza:
no he sabido defenderme
de vos, pues que tanta ausencia
sola una vista no olvida.

Ricardo.

Si amor con milagros piensa
hacerme tan venturoso,
¿qué tengo yo que le ofrezca,
si os he dado á vos el alma?
la enfermedad de la aldea
fue de amor; fue de haber visto
vuestra divina belleza.

Celia.

¡Ah! caballero, ¿sois Lauro?

Octavio

Lauro soy, hermosa Celia.

Celia.

¿No quereis hablar conmigo
por no dar zelos á Estela?

Octavio.

Yo, mi señora, no doy
zelos, y cuando los diera,
aventurara mi daño
por el gusto de quien reina,
por alma de mi alvedrío,
donde no puede haber fuerza
mayor que la voluntad.

Celia.

¡Qué desigual competencia

hacemos mi prima y yo!

Octavio.

No puede Estela tenerla
con vos, si yo soy la causa.

Celia.

¿Con que quereís que agradezca
tanta merced?

Octavio.

Con pagarme:
mirad que breve respuesta.

Estela.

Muriéndome estoy de ver *ap.*
que bablen juntos Lauro y Celia:
¿qué hare para dividirlos?

Ricardo.

¿Con quién habla vuestra Alteza?

Estela.

¿Es Lauro aquel?

Ricardo.

Si señora.

Estela.

Decidle qué á hablarme venga,
y vos á Celia dareis
de lo que tratemos cuenta;
que es muy justo, por amiga,
por mi prima, y deuda vuestra.

Ricardo.

¡Notablemente sucede! *ap.*
¡Cuanto se engaña quien piensa,
que nadie puede engañarle!
¿Lauro?

Octavio.

¿Señor?

Ricardo.

Dad licencia

por un instante. Oye aparte.

Octavio.

¿Conocióte la Duquesa?

Ricardo.

De ninguna suerte, Octavio:
mas como de ver le pesa
que hables con Celia, que al fin
presume que hablo con ella,
me ha mandado que te llame,
y que entre tanto entretenga
á Celia.

Octavio.

¿Pues qué has de hacer?

Ricardo.

Que tú á hablar á Celia vuelvas,
y yo vuelva como Lauro,
de suerte, que vaya y venga
á ser dos, siendo uno mismo.

Octavio.

¡Estrañas cosas intentas!

Ricardo.

No puede mi desatino
volver atrás aunque quiera. (1)

Ricardo.

¿Es Vuestra Alteza?

Estela.

Yo soy.

Octavio.

Ya vuelvo, divina Celia,
á abrasarme en vuestras luces.

Celia.

Decidme, por vida vuestra,
lo que el Príncipe os queria.

---

(1) *Vuelven cada uno á su reja.*

Octavio.

Caprichos de la Duquesa,
son de su ingrata altivez.

Ricardo.

Qué me llama vuestra Alteza
me dijo el Príncipe.

Estela.

Lauro,
háme dado mucha pena,
que hables con Celia.

Ricardo.

Señora,
Dios sabe que no quisiera
ni verla, ni haber nacido,
para ser de mis ofensas
tercero, como lo soy.

Estela.

¡Hay tan notable estrañeza! *ap.*
¡que á Ricardo y Lauro un mismo
acento naturaleza
les concediese, es prodigio!
¿De que pretenda te quejas
vengarme con estas burlas?

Ricardo.

Quien llega á morir de veras,
no funda en burlas sus zelos.

Estela.

Lauro, si yo presumiera
que esto habia de cansarte
un átomo de sospecha,
ni la venganza intentára,
ni aunque me llamára necia,
(que entre personas con alma
es mas agravio que fea)
tratára de castigarle.

Ricardo.

Que satisfaccion merezca
de esa boca mi osadia,
todos mis zelos sosiega.
¡O qué palabras tan dulces!
Bien haya quien paga en perlas
penas de zelos fingidos.
¡O quién estuviera cerca
para deshacer las hojas
de esas blancas azucenas,
poniendo en ellas la boca!

Estela.

Yo aguardára que amanezca,
por ver al Príncipe el talle;
pero porque me agradezcas,
que este deseo no cumpla
(que en muger es cosa nueva)
dí al Príncipe que perdone,
porque la aurora no sea
causa, que àlguno en palacio
esta novedad entienda:
esto fineza parece.

Ricardo.

Si en la voluntad engendra
almas amor, sean mil almas
agradecida respuesta:
yo voy para que nos vamos,
que noches, señora, quedan
para engañarle, y como es
mozo de poca esperiencia,
y soberbio de su talle,
no dudes de que ya piensa
que estás de el enamorada.

Estela.

Bien dices; yo me voy. ¿Celia?

Celia.

¿Señora?

Estela.

Vamos de aqui.

Celia.

A Dios, Lauro.

Octavio.

¡Quién pudiera
iros siguiendo, sol mio!

ESCENA IV.

Ricardo, Octavio y Julio.

Ricardo.

! Ah Julio, Julio, despierta!

Julio.

¿Quién llama?

Ricardo.

¿No me conoces?

Julio.

Mueran.....

Ricardo.

¿A quién dices mueran?

Julio.

¿Dónde están los enemigos?

Ricardo.

Deten la locura, bestia.

Julio.

¿Qué te ha sucedido, en fin?

Ricardo.

¿Quién pensára, que tuviera
tan firme imaginacion
en mi fe, y en su grandeza,
para no ser engañada?

Julio.
Triste está Octavio.

Octavio.
No alegran
dichas fingidas.

Ricardo.
La aurora,
ya por la boca risueña,
cándidos rayos dilata,
flores y fuentes le besan
los coturnos de oro y nacar.

Julio.
Y yo digera en mi lengua,
que salia la mañana
en chapines ó en chinelas.

Ricardo.
¡Oh, amor! ¿qué será de mí?
A Dios, rejas. *Vanse los dos.*

Julio.
¿Quién creyera,
que no hubiera para Julio
una Inés en esta feria?
mas dícenme que se cansan
de que los amantes tengan
criado para criada,
y así no hay Inés. Paciencia

ESCENA V.

Salon de Palacio.

Estela y Celia.

Estela.
¿A mí me quieres hacer,

prima, tan grande disgusto?

Celia.

La que se casa sin gusto,
¿donde le piensa tener?

Estela.

Casada toda muger,
ama despues su marido:
pocas dichosas han sido,
por casarse enamoradas.

Celia.

Debieron de ser culpadas:
¿cuando amor merece olvido?

Estela.

Si Lauro no te obligára,
yo se que me obedecieras.

Celia.

Y yo que no te ofendieras,
si Lauro no te agradára;
pero, señora, repara
en que no te iguala á tí;
Reyes, y Príncipes sí:
luego no he pensado mal,
que un hombre, que no es tu igual,
será bueno para mí.

Estela.

Celia, menos bachillera;
que yo me puedo casar
con mi gusto, y puedo dar
mi estado á quien menos fuera:
¿y cuando yo á Lauro quiera,
no es Lauro primo de quien
á mi me estuviera bien?
luego aquel mismo valor
me puede obligar á amor,
como al Príncipe á desden.

Celia.

Como tu melindre ha sido
tan recatado hasta ahora
en querer buscar, señora,
entre príncipes marido,
no pensé verle rendido
á un hombre, que no lo es;
y me espanta de que des
en querer, Estela, así,
quien me quiere sola á mí,
pero á tí por interes.

Estela.

¡Qué loca te tiene amor!
¿Lauro á tí?

Celia.

Si anoche oyeras
á Lauro conmigo, hubieras
desengañado tu error.

Estela.

Del príncipe su señor,
que conmigo, Celia, hablaba,
celoso por dicha estaba;
pues cuando yo le llamé;
desengañada quedé
de que Lauro te engañaba.

Celia.

¿Cómo que te hablaba á tí?
pues nunca Lauro te habló,
si de mí no se apartó,
en cuanto estuviste aquí.

Estela.

Digo que le hablé, y le oí
tan tierno, tan dulce amante,
que se ablandára un diamante.

Celia.

No sé como pueda ser
que de Lauro pueda haber
un retrato semejante:
pero pues se ha declarado
de esta suerte, vuestra Alteza,
en mi fuera ya bajeza
darle con zelos cuidado;
y del que Lauro me ha dado
quedo tan arrepentida,
que no le hablaré en mi vida;
que prenda tan estimada
no ha de ser de mi enojada,
sino adorada y servida. *Vase.*

Estela.

¿Soy yo por dicha, pensamiento mio,
La que jamás rindió su pensamiento?
Hielos quieren vencer mi entendimiento,
Y entrar con mi valor en desafio.
Amar por la razon el alvedrio
Es dar á la disculpa fundamento,
Por celos no, que es envidioso intento,
Y ofensa del honor el desvarío.
Conciertan las estrellas de los cielos
El amor entre dos, porque por ellas
Se quieren con recíprocos desvelos.
Pues si estrellas de amor son causas bellas,
Conciértenos el cielo; que los celos,
Si son infiernos, no han de ser estrellas.

ESCENA VI.

Estela y Julio.

Julio.

Salga vuestra Alteza á ver
del Príncipe mi señor,
un presente, aunque en valor
tan desigual viene á ser
con el que hoy ha recibido
de tus manos liberales,
que en sus minas celestiales
diamantes han producido;
si bien mas que los diamantes
la ropa blanca estimó,
que nunca el sol se vistió
con auroras semejantes;
porque tan lindas camisas
parece que le dió el alba
en su azafate, con salva
de sus flores y sus risas.
Alaba olor y limpieza
de las cajas de ciprés,
y dice que todo es
retrato de tu belleza.
Finalmente, se ha esforzado
á enviarte niñerías.

Estela.

¿Qué, tan presto de las mias
el Príncipe se ha pagado?

Julio.

No son cosas de valor;
si bien son curiosidades.

Estela.

Con esto me persuades

que me tiene poco amor.

Julio.

Solo un retrato le tiene,
que está engastado en diamantes.

Estela.

¿De quién?

Julio.

Porque no te espantes,
la lengua el nombre detiene.

Estela.

Di presto.

Julio.

De Lauro es.

Estela.

¿Retrato de Lauro á mí
con tantos diamantes?

Julio.

Si;
porque dice que despues
que te oyó decirle amores,
no te pudo hacer presente
de mas valor.

Estela.

Lauro miente
si le ha dicho mis favores.

ESCENA VII.

Dichos y Ricardo.

Ricardo.

¿Siempre he de hallar, señora, en vuestros lábios
á Lauro?

Estela.

No esta vez por gusto mio,
sino para vengar justos agravios.

Ricardo.

Mas de tu ingenio y tu valor confio.

Estela.

Nunca se alaban los amantes sábios
(porque es ingratitud y desvarío)
de los favores de sus damas.

Ricardo.

Mira
que son los zelos del amor mentira.
Díjome anoche el Príncipe, señora,
que nos oyó requiebros cuando hablaba
con Celia, en cuya plática el aurora
nos halló sin dormir, tan necio estaba:
con esto Julio habrate dicho ahora,
que mi retrato propio te enviaba,
pasándole á una caja de otro suyo.

Estela.

Mas la merece sin enojo el tuyo.

Ricardo.

Pues si esto es la verdad, los claros cielos
serene de los ojos Vuestra Alteza;
que no se han de atrever á cielos celos,
ni la sombra á la luz de la belleza.

Estela.

Lauro, ¿no me bastaban los recelos
de Celia, que me ha dado igual tristeza,
sino pensar de tí que me vendias?

Ricardo.

¿Pues qué dice de mi?

Estela.

Que la querias.

Ricardo.

¿Yo?

Estela.

Si, Lauro.

Ricardo.

Tú misma entretenella,
señora, me mandaste; y porque fuese
mas secreto mi amor, fingí querella,
no porque yo, señora, la quisiese.

Estela.

Lauro, Lauro, no mas hablar con ella,
que hablaré con Ricardo, aunque te pese:
ya no es tiempo que andemos en secretos.

Ricardo.

¿Pues no es secreto amor entre discretos?

Estela.

Llegando á declararme de esta suerte,
no quiero discreciones.

Ricardo.

Gran señora,
que está aquí Julio, y que nos oye advierte.

Estela.

Pues por eso haré yo matarle ahora.

Julio.

¿A mi, señora, á mí me das la muerte?
¿por que delito á Julio, que te adora?
pero para la muerte, ¿qué mayores
que haber sabido faltas de señores?

Estèla.

Por el donaire, Julio, te perdono.

Julio.

Ea, que no pensabas en matarme,
que tengo en tu grandeza ilustre abono,
y aquí no tienes tú que perdonarme;
pero así del mayor imperio y trono
tu casa de Lorena timbres arme,
como pienso que Lauro te parece,
y no es falta querer quien te merece.

Estela.

Lauro ¿ ahora tristezas ?

Ricardo.

¿Nunca oiste
que en la prosperidad ninguno es sábio
y que mejor un hombre se resiste
de la desdicha en el adverso agravio?
Estoy (¡ ay Dios!) de tus favores triste,
desconfiado el pecho, mudo el lábio,
el alma sin valor, y la esperanza
temiendo la fortuna en la bonanza.

Veo celoso al príncipe Ricardo,
príncipe al fin, y á tí no mal contenta
de verle padecer: ¿ pues ya, qué aguardo,
si sé el peligro, y temo la tormenta?
El de Polonia próspero y gallardo,
público, Estela, ya servirte intenta:
¿ pues en saliendo en público, no miras
que en vano de tí misma te retiras?

Ni tú querrás que yo pierda la vida
A manos de Ricardo injustamente,
Que un hombre de quien tú fuiste homicida
Solo le ha de matar su pena ausente:
Y no presumas que la ausencia olvida
En tu hermosura efecto diferente,
Que tiene amor para impresiones tales
Estampa de las almas inmortales.

Estela.

Lauro, si tú no supieras
mi calidad y valor,
ingrato á mi grande amor,
temer mudanza pudieras;
mas si quien soy consideras,
es justo que consideres
que no todas las mugeres

á cualquier viento que corre;
como veleta de torre
mudamos de pareceres.
No he pensado declararme
tan locamente contigo,
ni es bien, si lo mas te digo,
en lo menos recatarme:
para ayudar á vengarme,
no ha de faltarte valor;
escucha, y pierde el temor,
que si amor crédito alcanza,
quien no tiene confianza
no diga que tiene amor.

Ricardo.

Señora, nunca he temido
de tu generoso pecho;
de mi poca dicha sí.

Estela.

Oye lo que digo atento,
para abreviar la venganza,
y quitarte, Lauro, el miedo.
Dile al Príncipe Ricardo,
que si como yo le quiero,
me quiere, y como me agrada,
le agrado, no nos cansemos
en calles, rejas y noches,
dilatando el casamiento;
que de la corte se vaya,
y que vuelva descubierto,
echando fama, que ha sido
resuelto por mi Consejo,
que nos casemos los dos:
y cuando juntos estemos,
y él llegue á darme la mano,
diré (gran venganza espero)

retirando yo la mia,
diré con atrevimiento:
Príncipe, no me agradais,
atrás la palabra vuelvo;
porque si os parecí fea,
vos me parecísteis necio.

Ricardo.

¡Notable imaginacion!

Estela.

Lauro, en esto me resuelvo.

Ricardo.

¿Y si se enoja Ricardo?

Estela.

Que importa, si entonces tengo
mil soldados prevenidos.

Ricardo.

¿Y yo qué figura llevo
en este discurso tuyo?

Estela.

Ser condicional concierto,
que tú vienes á casarte
con Celia, para que al tiempo,
que te quiera dar la mano,
puesto que eres tú tan bueno
como él, premie tu cariño,
y en él castigue un desprecio.

Ricardo.

La venganza, Estela mia,
conozco que es de tu ingenio,
y la merced que me haces
digna de tu heróico pecho;
¿mas si Ricardo agraviado,
previene egército luego?.....

Estela.

¿Por dónde le ha de pasar

desde Polonia su reino
al ducado de Lorena ?

Ricardo.

Ahora bien ; lo que has resuelto ,
es para tanto honor mio ,
que acertado , ó desacierto ,
se ha de egecutar por mí.
Da cuenta á tu parlamento
de lo que has determinado
mientras al Príncipe vuelvo.

Estela.

Voy á prevenir á Celia ,
de quien me vengo con esto ,
de los zelos que me ha dado.

ESCENA VIII.

Ricardo y Julio.

Ricardo.

Siempre se vengan los zelos.

Julio.

Escuchando estas locuras
he estado atento, aunque pienso
que debo de haber soñado ,
señor , lo mismo que veo.
Disculpo de la venganza
á la Duquesa , y confieso ,
que haberla llamado fea ,
es el último desprecio
en condicion de muger ,
y que este notable enredo
es fábrica del agravio
en su raro entendimiento.
Lo que me admira y me obliga ,
Ricardo , á perder el seso ,

es ver que el Príncipe seas;
y que digas muy severo
que irás por él: ¿dónde, cuando,
á quién, ó como? ¿qué es esto?
¿qué Príncipe ha de venir?
sino que estás previniendo,
que venga el Conde en tu nombre.

Ricardo.

Hoy ha de quedar deshecho,
Julio, todo este teatro
de la fortuna y el tiempo;
hoy ha de hacer fin mi engaño,
viendo que ha llegado al puerto
de mi esperanza, y vencido
este gigante soberbio,
despreciador de los hombres.

Julio.

¿Cómo?

Ricardo.

Ten, Julio, silencio,
que pintaron los antiguos
la dicha de un buen suceso,
en los pies la diligencia,
y en las manos el secreto.

ESCENA IX.

Estela, Celia, el Gobernador, y el Capitan.

Gobernador.

Albricias me darán vuestros estados.

Estela.

Solícitos cuidados
de su descanso y gusto han preferido,
Gobernador, mi condicion y olvido;
ya estamos de casarnos concertadas

mi prima y yo.

Gobernador.

Si estais bien empleadas,
dichosos parabienes
Lorena os dá por mí.

Estelá.

Si queja tienes
por haber escusado al parlamento
el conferir con él mi casamiento,
sabed, que fue forzoso
el secreto, y el nombre de mi esposo;
pero ya que ha venido,
desde hoy sabreis, que el de Polonia ha sido;
Príncipe generoso,
que por cartas de Lauro concertado
(que con él solamente se ha tratado)
está en Lorena y en la corte pienso.

Gobernador.

De tus vasallos el amor inmenso
esto solo pedia
por conservar en sí su monarquía.
Y á Celia, ¿en quién la empleas,
si la misma ventura la deseas?

Estela.

En su primo del Príncipe Ricardo,
que todos conoceis, Lauro gallardo.

Celia

Hasta agora, señora, no creia
tanta ventura mia:
tus pies mil veces beso,
y ya, pues puedo, alegre te confieso
el justo, el grande amor que le he tenido.

Estela.

Importa que advertido
el Capitan, y con igual secreto,

tenga para este efeto
un tercio de soldados
no lejos de palacio.

Capitan.

¿Qué cuidados
de guerra, en tanta paz teme su Alteza?

Estela.

O sea por grandeza,
ó por temor de algun suceso estraño,
no puede el prevenirlos hacer daño.
Id vos, Gobernador, á acompañarle,
reconocerle, y darle
el parabien por todos mis estados;
y vos, para que esteis con los soldados,
Capitan, en el puesto que os parezca,
para salir, cuando ocasion se ofrezca.

Capitan.

Bien puede Vuestra Alteza estar segura.

Gobernador.

Conceda el cielo próspera ventura
á tan dichosas bodas.

ESCENA X.

Estela y Celia.

Celia.

Confusa estoy de ver que no acomodas
el aposento, que á los dos conviene,
que ya te han dicho que Ricardo viene.

Estela.

Sosiega, Celia mia,
que ha de tener la noche de este dia
suceso diferente.

Celia.

Ya parece, que suena entre la gente

el regocijo.

Estela.

Es propio en los antojos
de amor anticipar el bien los ojos.

ESCENA XI.

Dichas y Julio.

Julio.

Público, pues lo has mandado,
y justa licencia tiene,
del Conde y de Lauro, viene
el Príncipe acompañado;
admírase la ciudad
del secreto que has tenido.

Celia.

Mas lo estará de que ha sido
en tu desden novedad.

Estela.

¿Viene muy galan Ricardo?

Julio.

No ha pretendido mostrar
cuidado, aunque no faltar
á lo que debe á gallardo.

Estela.

¿Y Lauro viene contento?

Julio.

Viene contento de ver,
que llegue el tiempo de ser
de tu venganza instrumento.

Estela.

Habla, Julio, con recato,
¿cuál te parece mejor
de Lauro, ó Ricardo

Julio.

Amor
del Príncipe, ó fuera ingrato,
no me dejarán juzgar
cual es mejor; pero advierte,
que los quiso de tal suerte
naturaleza pintar
que parece que copió
el uno del otro, tanto,
que mirarlos causa espanto,
pues no determino yo,
con tratarlos cada dia,
cual es Lauro, y cual Ricardo.

Estela.

Parece que me acobardo
de ver mi necia porfia:
casi arrepentida estoy,
que es propio de la venganza,
cuando lo que espera alcanza.

Celia.

¿Viene?

Estela.

A recibirle voy.

ESCENA XII.

Dichos, Ricardo, Octavio, el Gobernador, el Capitan y el Conde.

Ricardo.

¿A donde decís que está
mi señora la Duquesa?

Gobernador.

Aquí os estan esperando
su Alteza, y su prima Celia,

Capitan.
Notablemente parece
á Lauro.
Estela.
Sea Vuestra Alteza
bien venido.
Ricardo.
Y no es posible,
que haya bien que mayor sea.
Estela.
Perdonad, Lauro, que os tuve
por Ricardo: ¿á donde queda
el Príncipe?
Ricardo.
Yo, señora,
soy el Príncipe.
Estela.
No fuera
posible, sin ser milagro,
haber la naturaleza
hecho en una misma estampa
dos rostros de una manera.
Lauro, decid, ¿donde está
el Príncipe?
Ricardo.
Hermosa Estela,
ya os digo que soy Ricardo.
Estela.
Vasallos, traicion es esta,
el Príncipe me ha burlado.
Ricardo.
¿Conde, soy yo?
Conde.
¿Quién pudiera
ser, sino vos?

Ricardo.

¿Soy Ricardo,
Octavio?

Octavio.

¿No manifiesta
vuestro valor que sois vos?

Ricardo.

¿Julio?

Julio.

¿Señor?

Ricardo.

¿A qué esperas,
que no le dices quien soy?

Julio.

Señor, en cosa tan cierta,
¿qué importa el crédito mio?

Ricardo.

A la corte de Lorena
vine, señora, por verte,
presumiendo que pudiera
verte, sin dejarte el alma;
y como de tu belleza
hizo tan grande impresion
aquella divina fuerza
en ella y en mis sentidos,
no pude, ni me atreviera
á pasar de Francia á España:
pero la imposible empresa
de conquistar tu desden,
que á tantos reyes desprecia,
tantos príncipes descarta,
tantos amantes desdeña,
me puso tanto temor,
que intenté que te dijeran,
cuanto fue causa, señora,

de la venganza que intentas,
solicitando tu amor,
no por soberbia grandeza,
como muchos confiados,
que has despreciado por ella.
Si entendí tu condicion,
si tu endiosada aspereza,
si vencí tu libertad,
y la palabra confiesas
que me diste, siendo Lauro,
y ahora no me desechas
por príncipe de Polonia,
tus bellas manos merezca:
que muerto, ó premiado, estoy
contento de ver que tenga
victoria amor de un desden,
que fue en belleza, y soberbia
Fenix, y Luzbel de Francia;
quedando mi nombre en ella
con mas fama, que Alejandro,
y con mayor diferencia,
pues él conquistaba el mundo,
y yo el cielo de la tierra.

Estéla.

Tanto ha sido tu valor,
que me pesa que no seas
Lauro, para hacer por tí
lo que por Ricardo hiciera.
No por Lauro mereciste
castigo, ni yo quisiera
mas venganza de Ricardo,
que saber por cosa cierta,
de que estaba enamorado,
cuando él me daba sospechas
de que era fea en sus ojos.

Enojada he visto á Celia ;
¿ daremosla al Conde ?

Ricardo.

No ,
para que de Octavio sea.

Celia.

Ya sabes que siempre he estado
á tu voluntad sujeta.

Octavio.

Y yo , dichoso mil veces ,
pues consigo tal belleza.

Ricardo.

¿ Al fin, qué dices de mí ?

Julio.

Antes que lo digas venga ,
pues no hay Inés para Julio ,
alguna cosa que pueda
satisfacer tantos pasos.

Estela.

Dos mil ducados de renta :
y á Lauro y Ricardo juntos
la mano y el alma á medias ,
para que los dos la partan.

Ricardo.

Aquí dió fin el poeta
á la Hermosa fea , senado,
pero con esta advertencia...

Todos.

Si os agrada , será Hermosa ,
y sino , la Hermosa fea.

La Hermosa fea.

El pensamiento de esta comedia, parece que sirvió en parte á don Agustin Moreto para escribir el *Desden con el desden*; pues aunque el plan es distinto y los caractéres principales no son idénticos, el de Estela pudo inspirarle sin duda la idea de formar el de Diana. Ambas son desdeñosas é inconquistables; ambas desean vengarse, y ambas ceden en fin al amor que les inspiran Ricardo y Carlos; pero Estela no se presenta en la escena como enemiga del amor. Se sabe solamente que lo es porque lo dice Celia.

Julio.
No he visto necio á mi amo,
señora, con tanto estremo.
Celia.
¿Cómo necio?
Julio.
Y aun blasfemo
de un ángel.
Celia.
Pues yo le llamo
dichoso, aunque no discreto;
porque á parecerle bien,
quedára al mayor desden,
que ha visto el mundo sugeto:
que de cuentos la han servido
ninguno agradarle puede,
y es mejor que libre quede,
que á lo imposible rendido.

Ricardo, que sabe el carácter de Estela, teme ver-

se despreciado como los otros Príncipes que la han pretendido, y para picar su vanidad é interesarla, finge que le ha parecido fea. Este pensamiento es muy dramático, y en él se funda toda la intriga de la pieza. Al mismo tiempo se introduce Ricardo en el palacio con el nombre de Lauro, gana la confianza de la desdeñosa, enamora y dispone ingeniosamente el triunfo de su cariño. La venganza de Estela se parece á la de Diana; aunque no pretende rendir á Ricardo y despreciarle despues por un sentimiento de orgullo como Diana á Carlos, sino por vengar un ultrage que la ofende y que jamas perdona el bello sexo.

Que invencion no ha de faltar
para que me vuelva á ver;
y si me ve ten por cierto
que ha de adorar la fealdad
que dice, y que mi crueldad
le ha de ver perdido y muerto,
ó no ha de haber alma en mí.
. . . .
Que una vez enamorado,
con la risa y el desprecio
quedará de aqueste necio
mi sentimiento vengado.
. . . .
Le tengo de enamorar
tan diestra y tan falsamente,
que llegue á vivir sin alma
y...... cuando llegue á verse
en estado que yo pueda
á la venganza atreverme,
me tengo de retirar
con zelos y con desdenes,
que le ponga en ocasion

que le parezca la muerte
mas alegre que la vida.

Estos mismos son los deseos de Diana para con Carlos, aunque producidos por distinta causa.

Polilla.
¿Y si le vieses querer
qué harás despues de tentarle?
Diana.
¿Qué? ofenderle, despreciarle,
ajarle, y darle á entender
que ha de rendir sus sosiegos
á mis ojos por despojos.
. . . .
aunque le viera morir
no me pudiera vencer.
. . . .
Toda mi corona diera
por verle morir de amor.
. . . .
para abrasarle á desprecios,
á desaires, á violencias, &c.

Sin embargo de esta identidad de sentimientos hay una diferencia muy notable en los dos caracteres. El de Estela, tomado directamente de la naturaleza, no es una creacion del genio; es un retrato cuyo mérito se funda en la verdad y exactitud de la copia: el de Diana es original; no ha tenido modelo alguno, es hijo de la imaginacion y del talento del poeta. De aquí resulta, que es infinitamente mas noble, mas ideal y poético que el de Estela.

Tambien se parecen mucho Celia y Cintia: aquella se enamora de Ricardo, y esta de Carlos; ambas

esperan conseguir la mano de su amante; y ambas tienen que ceder á Estela y á Diana, cuando declaran abiertamente su pasion. Por lo demas son absolutamente distintas las dos comedias, y es inútil tratar de demostrarlo.

El plan de la Hermosa fea está bien imaginado, bien desenvuelto y es agradable é interesante. Estela es el personage principal, y está pintado con verdad y delicadeza. El sentimiento que manifiesta porque el Príncipe se ha ido sin visitarla, su curiosidad por saber que le ha parecido, el sonrojo que sufre al saberlo, y el disimulo con que quiere encubrir su sentimiento, prueban el talento de Lope y su conocimiento del arte.

Celia.
Dijo el necio que eras fea.
Estela.
Pues bien, ¿fue mucho el agravio?
Celia.
¿Cómo puede ser mayor?
pregúntale á tu color
si le importa el desagravio,
pues ya te escribe el desprecio
en la cara vergonzosa,
con letras de pura rosa,
el agravio de este necío.

Hay escenas de muy buen efecto, particularmente la III del último acto en que Ricardo habla á Estela por la reja del jardin. En esta escena y en la última evitó Lope un defecto notable en que incurrieron con frecuencia nuestros poetas antiguos. Presentan en muchas de sus comedias un personage que habla en nombre de otro diferente, sin que se conozca el engaño

en el acento y metal de la voz, que caracteriza individualmente al género humano tanto como la fisonomía. Esta convencion teatral que establecieron entonces se opone á la verosimilitud dramática. Lope supo evitarla con mucho acierto.

Estela al oir á Ricardo, dice:

¡Cielos, el eco en Ricardo
á la voz de Lauro suena!
. . . .
¡Hay tan notable estrañeza!
¡Qué á Ricarso y Lauro un mismo
acento naturaleza
les concediese es prodigio!

Y en la escena últíma cuando le vé.

Perdonad, Lauro, que os tube
por Ricardo. ¿A donde queda
el Príncipe?

Ricardo.

Yo, señora,
soy el Princjpe.

Estela.

No fuera
posible, sin ser milagro
haber la naturaleza
hecho en una misma estampa
dos rostros de una manera.
Lauro, decid ¿donde está
el Principe? &c.

Estos dos pasages tienen mucha verdad, y manifiestañ el arte del poeta

El desenlace es natural y satiaface perfectamente

á los espectadores; pero Lope debió prepararle con mas anticipacion para evitar que las escenas VIII y siguientes del último acto caminasen con tanta precipitacion y rapidez.

POR LA PUENTE JUANA.

PERSONAS.

Don Diego, galan.
El Marqués de Villena.
Don Fernando.
Benito, labrador.
Esteban, gracioso.
El Regidor.
Juana.
Doña Antonia, dama.
Inés, criada.
Criados.

La escena es en Toledo.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

SALA EN CASA DE BENITO, EN OLIAS.

Juana y Benito.

Benito.
Templad, señora, el dolor
que no estais en tierra estraña.
Juana.
¡Ay huesped! que no hay montaña
como una ausencia de amor,
donde el claro resplandor
del sol nunca ha hecho espejos,
la plata de sus reflejos,
ó donde la arena abrasa
á la soledad que pasa
estar el alma tan léjos.
¡Triste de mi! que el criado
que fué á buscar el ausente,
que os he dicho tiernamente,
que es dueño de mi cuidado,
cobarde, desesperado
no ha vuelto; y aunque temer
no puede venirme á ver
en mas desdichas que estoy,
soy muger, y sola estoy,
que basta decir muger.
De esta forzosa partida
no me puedo arrepentir;

porque fué forzoso huir
para no perder la vida:
pero sola y afligida,
lejos de mi patria amada,
¿qué podré hacer, desdichada,
que nunca muger ninguna
venció su adversa fortuna
de lo que quiso apartada?
Seguia un noble caballero,
con quien me pensé casar,
fueme forzoso dejar
la patria, que ahora espero;
fieme de un escudero
de mi casa, y no volvió
el que amaba, y se partió:
no sabe que estoy aquí;
mirad que será de mí,
él huyendo, ausente yo.
Como dió el Emperador
al Rey francés libertad,
~~partióse~~ en paz y amistad
de Madrid con tanto amor,
me ha dado, huésped, temor
que no se fuese tras él
á Francia, aunque pienso que él
mejor con Carlos se iria,
donde esperan cada dia
la portuguesa Isabel.

Benito.

Dicen que á Sevilla viene,
adonde se ha de casar;
si allá le vais á esperar
mucha paciencia os conviene:
mi casa, Leonarda, tiene,
grácias á Dios, donde esteis,

y partió

mejor es que aqui espereis,
que pasando cada dia,
gente de la Andalucía,
nuevas de don Juan tendreís.
No os vais á perder así,
porque jamás la hermosura,
pudo caminar segura,
que lleva peligro en sì:
conmigo estareìs aquí,
y con mi hija, que os ama:
buena mesa, y limpia cama
no os falta, tened paciencia.

Juana.

Si no hay tan secreta ausencia,
que no la sepa la fama,
temo con justa razon,
que en tan público lugar
me pueda la gente hallar,
que ha salido de Leon.

Benito.

¿Para qué, señora, son
los ejemplos que han dejado,
muchos que se han disfrazado
en hábitos diferentes,
que en mayores accidentes,
vidas y honor han gozado?

Juana.

Vamos donde el tiempo baje
mi flaqueza y mi locura,
por ver si mudo ventura
con la mudanza del trage:
que no hay mas cruel linage
del mal, que abatirse en él,
pues en mi suerte cruel,
pienso que siendo Leonarda

su muger, no me acobarda,
y soy la misma Isabel.

ESCENA II.

SALA EN CASA DE DON FERNANDO, EN TOLEDO.

Doña Antonia y don Diego.

Diego.
Esto, mi señora, os ruego;
no tengo mas que advertiros.

Antonia.
Que se ofrezca en que serviros
estimo, señor don Diego.

Diego.
Pero sin que os cause pena.

Antonia.
¿Pues de qué tenerla puedo?

Diego.
Hoy me dicen que á Toledo
llega el Marqués de Villena;
porque ya en Sevilla queda
casado el Emperador:
hacedme aqueste favor,
de que yo servirle pueda;
que quiero servir aqui
inclinado á esta ciudad,
despues que la libertad,
patria y amistad perdi.

Antonia.
Es Tóledo la mejor,
y el ser mi patria me engaña,
que bien sé yo que en España
hay otras de igual valor;
y de no poder vivir

en la propia que dejastes,
mucho en venir acertastes
en donde os podrán servir.
que sabe honrar calidades,
estimar merecimientos,
conocer entendimientos,
y agradecer voluntades.
El Marqués es señor mio,
y mi hermano don Fernando
le sirve, un mozo, que cuando
conozcais su talle y brio,
le cobrareis aficion.

Diego.

¿Es mozo el Marqués tambien?

Antonia.

Mozo, galan, y de quien
se tiene satisfaccion
para la paz y la guerra.

Diego.

El apellido me ha dado
inclinacion y cuidado,
despues que dejé mi tierra.

Antonia.

¿Sois Pacheco?

Diego.

Y deudo suyo,
aunque nacido en Leon.

Antonia.

Desdichas del tiempo son;
de vuestra persona arguyo
toda virtud y valor.

Diego.

Siempre la fortuna es ciega.

Antonia.

Desde que os hablé en la vega

os cobré notable amor.

Diego.

Mil veces los pies os beso.

Antonia.

Vos mereceis aficion.

Diego.

Hareisme decir que son
mis buenas dichas esceso
de las malas que he pasado.

Antonia.

¿Qué rumor es ése, Inés?

ESCENA III.

Dichos é Inés.

Inés.

¡Ay mi señora! el Marqués
á visitarte ha llegado.

Antonia.

Salid á ese corredor,
porque cuando pase os vea.

Diego.

Temor llevo de que sea
ausencia muerte de amor.

ESCENA IV.

Doña Antonia, el Marqués, don Fernando, Estéban y criados.

Antonia.

De Príncipes tan humanos
es esta grandeza igual.

Marqués.

La hermosura celestial
rindió Césares romanos:
llegaos, Fernando, abrazad

á vuestra hermana.

Fernando.

Señor,
con el vuestro no hay amor,
que es de mayor calidad.

Antonia.

¿Viene Vuestra Señoría
con salud?

Marqués.

Quien llega á veros,
muy mal podrá responderos,
porque es la vuestra la mia.

Antonia.

¿No hablais, Esteban?

Estéban

No tengo
prosa de ausencia estudiada,
y os hallo á vos bien tocada,
con que muy contento vengo,
que á la muger aquel dia,
que no hay disgusto ó desden
se lleve en tocarse bien
la salve y el alegria.
Cuando no está el frontispicio
de una muger adornado,
el moño bien asentado,
y cada cosa en su quicio;
cuando es jaspe de culebra
á las diez de la mañana,
ó anda el diablo en cantillana,
ó la semana se quiebra.

Marqués.

No le ha quitado el humor
la jornada de Sevilla,

Esteban.

Quién vió del Betis la orilla,
y á Carlos emperador,
casarse con Isabel,
¿qué contento no traerá?

Marqués

¿No preguntais cómo está
Fernando?

Antonia.

Yo sabré de él
mas despacio la jornada;
la vuestra quiero saber,
si lo puedo merecer,
por ausente y desvelada..

Marqués.

Ya sabes, hermosa Antonia,
como fué preso el de Francia
en Pavía, y remitido
á Madrid, corté de España;
el ejercito imperial,
terror por estaś batallas
de los confines del mundo,
glorioso yace en Italia:
yo, que venir á Toledo,
adonde tengo mi casa,
deseaba, como quien
ha dias que de ella falta,
despues que en su santa iglesia
rendí las debidas gracias,
vine á verte, hermosa Antonia,
á quien en ausencia larga
debes oirme, así vívas
estas amorosas ansias
en palacio largos dias,
tristes noches en la cama,

y en cuidados siempre tristes
imaginaciones varias,
poco gusto con amigos,
ninguno en fiestas ni galas,
desconfianzas de ausencias;
y temores de mudanza,
faltas del bien que tenia,
que toda la ausencia es faltas,
pensamientos de tu olvido,
y memorias de tus gracias.
Con esto pretendo, Antonia,
supuesto que no me pagas,
que conozcas que me debes,
que para mis penas basta;
porque á quien el bien desea,
cualquiera breve esperanza,
mientras dura, le da vida,
y mientras vive le engaña.

Antonia.

En cuantas cosas como estas
dice Vuestra Señoría,
~~ninguna~~ como este dia nunca oí
mentiras tan bien dispuestas.
Ansias, fatigas, temores,
memorias y soledades,
como son nuevas verdades,
quieren parecer amores.
Mas yo los conoceré,
en que le quiero pedir
una merced, por decir
que les di crédito y fe.
Un caballero Leonés
me pide que le reciba
en su servicio.

Marqués.

Asi viva,
que puede ser él marqués
y yo su criado, el día
que sois vos quien lo ha mandado;
entre yo á ser su criado,
y que él será el amo fin.

ESCENA V.

Dichos y don Diego.

Diego.

Don Diego Pacheco está;
gran señor, á vuestros pies.

Marqués.

Si es Pacheco, y es marqués,
yo puedo servirle ya:
alzad del suelo; no á mí,
pedid las manos á Antonia.

Antonia.

¡Jesus! esa ceremonia
no ha de permitirse aquí:
volved al marqués don Diego.

Diego.

Deme vuestra señoría
las manos.

Marqués.

Desde este dia,
que me recibais os ruego,
don Diego, en vuestro servicio.

Esteban

Cuál anda el pobre criado,
vergonzoso y bazucado;
querrán que pierda el juicio.

Marqués

Ahora bien, ya que es forzoso,

mi camarero sereis.

Diego.

En mí un esclavo tendreis.

Fernando.

Buen camarero.

Esteban.

Famoso.

Marqués.

Aunque es volverme á partir,
me voy con vuestra licencia.

Antonia.

Vengada estoy de mi ausencia;
mas quiero veros salir.

ESCENA VI.

Don Diego y Esteban.

Esteban.

¿ Oye, señor camarero?

Diego.

¿ Mandais algo?

Esteban.

Dar indicio
de ofrecer á su servicio
cuanto soy, y cuanto espero.
Vuesa merced ha venido
á una casa de las grandes
de España; no habrá mas Flandes
de como será servido.

Diego.

¿ Quién duda, que será gente
de grande ingenio y valor?

Esteban.

Es mayordomo mayor
un hidalgo impertinente.

Guarda su hacienda al Marqués,
y no se pierde la suya,
ni dé, ni tome, ni arguya
con él, antes ni despues.
El hermano de esta dama,
que aquí la salva le hizo,
sirve de caballerizo,
buen hijo, y de buena fama.
Y aunque ella es la discrecion,
y al Marqués de amor abrasa,
me juran que por su casa
nunca pasó Salomon.
Caballo tiene el Marqués
que me ha dicho en puridad,
que sabe mas, y es verdad;
pero es gallardo y cortés.
De lo que es el secretario,
no sé que pueda decir,
de este le conviene huir.

Diego.

Porque es discreto ordinario,
que es ordinario y discreto.

Esteban.

La gente mas enfadosa
del mundo, y mas peligrosa,
que de uno y otro concepto
son mártires todo el dia
de su mismo entendimiento,
sin discrepar un momento
de aquella filatería.
Huya de estos, que es crueldad
sufrir su conversacion,
que matan con discrecion,
como otros con necedad.
Aunque para otros efectos

le hable; y le tenga en pie,
cuando mas seguro esté
le dirá treinta sonetos.
Sabe un poco de latin,
que de pensarlo me angustio,
con que dice que Salustio
fue sastre y Julio rocin.
Peca en peregrinidad,
propio ingenio de español,
sabiendo que se honra el sol
de ser todo claridad.
Murióse en esta jornada
el camarero á quien hoy
sucede, y palabra doy
que era en menear la espada
la misma destreza el hombre.
Los demas oficios son
buena gente, y de opinion,
que no es bien que aquí los nombre.
Los pages, si á luz los saco,
el mejor de veintidos
yo soy, y soy vive Dios
un grandísimo bellaco.

Diego.

Señor Esteban, yo quedo
contento y agradecido,
de que me haya recibido
el de Villena en Toledo;
sabré con la informacion,
que solo he de ser amigo
de don Fernando.

Esteban.

Testigo
soy de su buena intencion:
antiguamente hubo un Dios

de la amistad.

Diego.

¡ Qué discretos
pages!

Esteban.

Y este sus preceptos
redujo tambien á dos.

Diego

¿ Cuales son ? porque de hoy mas
esos dos preceptos sigo.

Esteban.

Defender siempre al amigo,
y no ofenderle jamas.

Diego.

Ahora bien, desde hoy os quiero
por maestro: á ver la casa
voy.

Esteban.

Por sus cimientos pasa,
Tajo, humilde prisionero
de la casa de Villena,
del gran Pacheco y Giron:
de lo que es conversacion,
no tengais, don Diego, pena;
que yo soy lindo fistol,
y os enseñaré en Toledo
gustos, que goceis sin miedo,
claros como el mismo sol.
No doncellas, que despues
dan burlas, y piden veras,
porque habiendo zurcideras.
engañarán á un francés.
No casadas, (de sus brazos
para siempre me despido),
donde á un puntapié el marido

hace la puerta pedazos.
Viudazas, viudazas, sí,
que debajo del decoro
mongil, hay diamantes y oro,
que no está el difunto allí.
Verdad es, que aquesta Inés
de doña Antonia me trae
sin seso, pero no cae
con el debido interés.
Y aunque el Marqués mi señor
gusta de mis desatinos
el gastar por los caminos,
ha menester mas favor:
juega el hombre cuando hay juego,
¿qué hacienda no se aventura?

Diego.

Aquí la tiene segura,
siendo amigo de don Diego.

Esteban.

Soy su esclavo.

Diego.

Pues conmigo
venga, y verá lo que pasa.

Esteban.

No habeis menester en casa
mas que á Esteban para amigo:
soy el alma del Marqués.

Diego.

Pues temo que se condene.

Esteban.

No hará, que Villena tiene
llena el alma de quien es.

ESCENA VII.

DECORACION DE CALLE.

Juana de labradora, y Benito.

Benito.

Esta es, señora, la imperial Toledo,
que el Tajo de cristal á sus pies viene,
y parece que en sombras se detiene.

Juana.

No sé como ese monte no se espanta
de sí mismo, y mirar grandeza tanta
en esa luna líquida que tiene
por grillos de sus pies.

Benito.

De Cuenca viene
Tajo á prenderle con cadenas de oro;
nunca su nombre ilustre mudó el moro;
es su iglesia mayor imagen viva
del cielo, que al gobierno sucesiva
de Pedro reconoce solamente.

Juana.

Sus damas, caballeros, y su gente
me han obligado el gusto de manera,
que en tan noble ciudad vivir quisiera,
aunque fuera sirviendo en este trage;
que ya no puede haber cosa que baje
mi fortuna á lugar mas abatido:
temo que un hombre bárbaro ofendido
me busque, y halle, y si escondida quedo,
Benito, en este trage, y en Toledo,
muy ajustado viene con mi intento,
teniendo con quietud, gusto y contento.

Benito.

El Regidor que en nuestra aldea tiene

hacienda, me parece que os conviene;
su hija doña Antonia es la mas bella
dama de este lugar; si estais con ella,
no os hará falta discrecion alguna:
con esto burlareis vuestra fortuna,
y vereis un ingenio soberano.

Juana.

No hubiera para mí remedio humano,
como vivir donde decís agora,
y mas si es tan discreta esa señora:
vamos, sabré, señor, adonde vive;
que dichosa seré si me recibe.

Benito.

Eso es muy facil, porque me ha pedido
que le busque una moza labradora:
mas no podreis, porque me acuerdo agora
que habia de lavar y amasar.

Juana.

Digo,
que á lavar y amasar tambien me obligo,
si me agrada esa Antonia.

Benito

Hay otro enredo;
que un mozo de los bravos de Toledo
es su hermano tambien; más no os dé pena,
que pienso que está ausente el de Villena,
y es su caballerizo.

Juana.

Qué esté ausente
ó presente ¿que importa? cuando intente
algun atrevimiento, ¿soy yo boba?
¿no le sabré pegar con una escoba,
y si jugar quisiere de otra pieza,
rompelle con un plato la cabeza?

Benito.

¿Y como has de llamarte?

Juana.

¿Cómo? Juana.
Tú el arca, huesped, me traerás mañana;
y al Regidor dirás que soy de Olias.

Benito.

Por el secreto que á mi pecho fias
te ofrezco eterno amor.

Juana.

Vamos, que creo
que voy abriendo puerta á mi deseo,
y cuando llego á ver en tal bageza
mi valor, mi persona y mi nobleza,
pienso que no le dejo cosa alguna,
que me pueda vengar de mi fortuna.

ESCENA VIII.

Sala en casa de don Fernando.

Doña Antonia y don Diego.

Antonia.

No entrais con malos alientos
de servir y de medrar.

Diego

Señor que llega á fiar
amorosos pensamientos,
ya dice, que sus intentos
muestran indicios de amor,
de hacer merced y favor.

Antonia.

Vos lo teneis merecido:
pero para mí no ha sido
sino desprecio y rigor.

Diego.

Señora, yo entre á servir
á un príncipe, que en grandeza
igualaba su nobleza;
no tengo mas que decir:
siéndome forzoso huir
de mi patria, hallé mi amparo
en vos, que fué mi reparo,
y era justo, Antonia bella,
que la luz de tal estrella
me guiase á sol tan claro.
Desde que en la vega os ví,
y atrevido llegué á hablaros,
propuso el alma adoraros,
y puso su centró allí;
que de mi patria salí,
como quien ya se destierra
para servir en la guerra
á Carlos; pero ya estoy,
donde asegurando voy
las desdichas de mi tierra.
Y luego aquel mismo dia,
que el Marqués me recibió,
al momento me habló
en el amor que os tenia;
con que así como decia
su pensamiento, iba el mio
desechando el mucho brio
con que os amaba y queria:
venció el amor y el temor,
y di la esperanza al viento.
Vive Dios, que en esto miento. *ap.*
Que nunca la tuve amor,
y del que tengo en rigor
me está matando en ausencia;

*

¡Ay mi Isabel! qué paciencia
podré pedir á los cielos,
que con amor siempre hay celos,
y con celos no hay paciencia.
Dióme las joyas que os dí,
tabíes y primaveras,
que os trujese, y tan de veras
en su amor le conocí,
que de su casa salí
prometiendo la mudanza,
que desde la confianza
que hizo de mi valor,
salió dueño mi temor,
y despidió la esperanza.

Antonia.

Don Diego, desde aquel dia
que el Marqués me quiso bien,
no le traté con desden,
y su amor entretenia;
pero como presumia
de mi amor lo que es razon,
temblaba de mi opinion:
y asi del mundo me guardo,
y á un príncipe tan gallardo
no le he mostrado aficion.
Si vos me quereis, yo haré
que el Marqués no se disguste
de que os quiera, y antes guste
de que yo la mano os dé:
que de su grandeza sé
que ha de volver por mi honor:
siempre fue casto su amor,
pues son donde no se alcanza
principios de la esperanza,

pensamientos de señor.

Diego.

Vos lo decís harto bien;
pero yo lo haria muy mal
si á dueño tan principal
le fuera traidor tambien;
y aunque no lo diga bien,
tengo, Antonia, por muy cierto
que tendrá el ódio encubierto:
y señores con enojos,
mas despiden con los ojos
que con rigor descubierto.
Hacer que el Marqués lo quiera
no tengo por imposibe,
si él se promete posible
lo que por su boca espera:
quereldo, pues persevera
en amaros, que es rigor
casarle, si os tiene amor;
que no estará bien casado,
marido que fué criado
donde hubo galan señor.

ESCENA IX.

Doña Antonia, el Regidor, Juana y Benito.

Regidor.

Pienso que te ha de agradar,
que yo lo estoy por estremo,
la criada que ha traido
Antonio nuestro casero.
Llegad, no esteis temerosa,
conoced á vuestro dueño.

Juana.

Dadme, señora, las manos.

Antonia.

¡Qué linda persona! cierto
que te agrada con razon.

Benito.

En tóda la Sagrá creo
que no hay moza de su talle,
brio, limpieza y aseo.

Antonia.

¿Cómo os llamais?

Juana.

¿Yo, señora?

Antonia.

Vos, pues.

Juana.

A servicio vuestro,
Juana.

Benito.

Si señora, Juana,
que era mi padre su abuelo,
murió, y huérfana quedó;
á fé que viene de buenos.
Crióla el cura su tio;
está grande, y los mancebos
del lugar son con las mozas
como los tordos, que en viendo
colorear mal maduras
las guindas, andan en zelo,
hasta que las dan picadas,
si se descuidan los dueños.
Por eso la traigo acá.

Antonia.

Hicisteis como discreto,
que Juana es gallarda moza,
dispuesta, y de lindo cuerpo:
¿y el sobrenombre?

Juana.

De Illescas.

Benito.

Si señora, que su abuelo
se llamó Pedro de Illescas,
y Juan de Illescas el viejo
fue tio de Alonso Aguado:
¿qué señora, el parentesco
de los Illescas no es
la alcuña de mi abolengo?

Antonia.

¿Qué hacienda sabes hacer?

Juana.

Las que por allá sabemos,
lavar, masar, y hacer red.

Antonia.

Del buen talle me contento:
regalar quiero á Benito. *Vase.*

Regidor.

Y yo tambien darle quiero
un vestido que se ponga
las fiestas. *Vase.*

Benito.

Los pies os beso.

Juana.

¿Oye tio? traiga el arca.

Benito.

Al otro mercado vuelvo.

Juana.

Si allá viniere mi primo,
diga qué estás en Toledo.

ESCENA X.

Juana.

Sale la nave próspera y bizarra
De Flandes con inquietas banderolas,
Y sin temor de caminar á solas
Las áncoras del puerto desamarra.
Entra en el golfo, deja atras la barra;
el mar se altera, y en dos horas solas
Se deja el viento entre las pardas olas,
Como granizo helado ó verde parra.
Mas siendo entonces su furor ensayos,
Viendo que sale el sol y hay mas bonanza,
en ánimo se truecan sus desmayos.
Así viendo del cielo la mudanza,
Adoro los celages de sus rayos,
Viendo el temor alivio la esperanza.

ESCENA XI.

Juana é Inés.

Inés.

¿Sois vos la recien venida?

Juana.

¿Y vos quien sirve esta casa?

Inés.

Soy quien se huelga de veros
tan compuesta y aliñada,
que la que se fue tenia
el trage como la cara:
vos seais muy bien venida.

Juana

Vos seais muy bien hallada.

Inés.

Vos habeis tenido dicha
y eleccion muy acertada;
á casa venis, que creo
que os hallareis bien pagada
del trabajo y del servicio.

Juana.

¿Es de condicion muy brava
la señora doña Antonia?

Ines.

Es un ángel, una santa,
á nadie en toda su vida
dijo una mala palabra:
casa en fin donde no hay
señora mayor, que basta
para que puedan vivir
con libertad las criadas.

Juana.

Cierto que lo tengo á dicha
ya que salgo de mi casa.

ESCENA XII.

Dichas y don Fernando.

Fernando.

¿Inés?

Inés.

¿Señor?

Fernando.

Esa ropa
viene de larga jornada.

Inés.

Gracias á Dios que ya tengo
quien me ayude á jabonarla.

Fernando.

¿Quién?

Inés.

Juana, recien venida.

Fernando.

Por Dios, que es tan buena Juana,
que puede lavar al Rey.

Juana.

¿Quién es este?

Inés.

Hijo de casa.

Juana.

¿De casa, ó del Regidor?

Inés.

¡Del Regidor! ¡qué igñorancia!

Juana.

Como yo vengo de Olias
no sé de Toledo nada.
Señor, aquí, ya lo veis,
vengo á servir.

Inés.

Perdonadla,
que no sabe mas ahora.

Juana.

La ropa mandé sacarla,
que quien allá lava angeo
tendrá por guantes la holanda.

Fernando.

Si las almas se vistieran
camisas, bella aldeana,
lavar tus manos pudieran
las camisas de las almas.

Juana.

¡Ay lo que ha dicho señor!

Ola, Inés, ¿ usase en Francia
traer las almas camisas?

Inés.

Dícelo porque le agradas;
que son encarecimientos
de verte las manos blancas.

Juana.

Como yo vengo de Olías,
no sé de Toledo nada.

Fernando.

A ver, Juana, esas patenas:
bravos corales y sartas.

Juana.

Hágase allá, ya lo entiendo:
¿ piensas que soy ignoranta?

Fernando.

¡ Qué diese naturaleza,
á tal hermosura y gracia,
tan rústico entendimiento!
Oye, espera, tente, para.

Juana.

Estese quedo, señor.

Fernando.

¡Qué arisca que es la villana!

Juana.

¿ Yo morisca? malos años;
cristiana vieja, y muy rancia.

Fernando.

Que no digo sino arisca.

Juana.

Pregunte en toda la Sagra
qué gente son los Illescas.

Inés.

No sé quien ha entrado en casa.

Sale Esteban.
¿Está dón Fernando aquí?
Fernando.
¿Qué hay, Esteban?
Esteban.
Que te llama
el Marqués mi señor.
Fernando.
Voy.

ESCENA XIII.

Dichos, menos don Fernando.

Esteban.
Mira que en el patio aguarda.
¿Pues Inés, no hay mas hablar?
toda la lealtad se acaba
en habiendo ausencia.
Inés.
Yo
no hablo á quien no me habla.
Esteban.
Hablar y abrazar, Inés.
Inés.
¿Qué me trae de la jornada?
Esteban.
¿Es poco traerme á mí?
Inés.
Es de la jornada nada.
Juana.
Por donde quiera que voy
hallo amor: brava abundancia;
no pienso que hay en el mundo
otra cosa mas usada:
los retirados y graves

¿de qué se admiran y espantan?
si ignoran como nacieron,
es temeraria ignorancia;
así se conserva el mundo.

Esteban.

¿Quién es aquesta villana
de tan lindo talle y brio?

Inés.

Salga fuera noramala,
y no sea bachiller,
que es recien venida á casa.

Esteban.

Labradora de sentidos,
despuntadora de entrañas,
ojos de brillante espejo,
que mirándote retratas
lindo del cabello al pie,
honra ilustre de la Sagra,
por el delantal famosa,
y por el sayuelo hidalga;
¿labras vidas ó heredades?
que pienso que tus pestañas
son agujas de tus ojos,
pues que con sus niñas labras:
vuelve esa cara, ¡ay que linda!
vive Dios, que tiene estampas
de coger almas con queso,
como eres toda de natas.

Inés.

¡Esto sufro!

Juana.

Diga Inés,
¿es tambien hijo de casa
este señor barbipollo?

Esteban.

Esto le parece falta?
¿es mejor cuatro vigotes,
en cuyas espesas ramas
haya soto de conejos?
porque yo no sé que valgan
mas que para ser escobas,
barrer, y regar la cara.

Juana.

Como yo vengo de Olías,
no sé de Toledo nada.

Inés.

Señor viene......

Juana.

A la cocina.

Inés.

Sube esta escalera, Juana.

Esteban.

Juana me ha muerto, señores,
reñí con ella sin armas;
¡qué latigazo me ha dado!

ESCENA XIV.

Juana é Inés.

Inés.

¡Ay traidor! ¿así me pagas
tanto amor, tanta amistad?
¿Juana, es esta buena entrada?

Juana.

No temas, Inés, que soy
un cuerpo que anda sin alma,
una cifra no entendida,
una escritura borrada,
una sombra que anda en pena,

y una pena en sombras tantas,
que solo un sol que está ausente
puede con su lumbre clara
descifrarle y darlé vida,
gloria, gusto y esperanza.

Inés.

No te entiendo.

Jüana.

Ni es posible.

Inés.

Loca me pareces, Juana.

Juana.

Como yo vengo de Olias,
no sé de Toledo nada.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

SALA EN CASA DE DON FERNANDO.

Don Diego y el Marqués.

Diego.

Las fábulas de Ovidio á pensar llego
en lo que vienes refiriendo ahora.

Marqués.

Desde ese corredor miré, don Diego,
á Vénus transformada en labradora;
parece el agua entre sus manos fuego,
baña al Tajo cristal, y ella le dora;
que si á sus manos cándidas se atreve,
las doradas arenas vuelve nieve.
Muchas veces, Don Diego, entretenido,
mirando al Tajo que mi casa baña,
he visto damas, músicos he oido,
que es en Toledo la mejor de España;
pero en el instrumento referido
la labradora, que Sirena engaña,
con voz tan celestial cantó de suerte,
que estatua de sus manos me convierte.

Diego.

¿Muger de tales prendas y tal brio
lava de la manera que refieres,
con instrumento tan helado y frio?
me obliga á que presuma que la quieres.

Marqués.

El talle, el aire, el gusto, el modo, el brio

dan sangre y calidad á las mugeres;
no hay en el gusto mas razon que el gusto,
que aquello es justo con que yo me ajusto:
conviene la igualdad al casamiento,
á los estados, no á los accidentes.

Diego.

Amor es un primero movimiento,
que nace de igualar inconvenientes;
bien pueden confirmar el casamiento
dos personas de estados diferentes,
¿mas qué quieres hacer, que si te agrada,
mejor es pobre y fácil que endiosada?

Marqués.

¿Estebanillo, Esteban?

ESCENA II.

Dichos y Esteban.

Esteban.

Señor.

Marqués.

Dame
un arcabuz; salir al Tajo quiero.

Esteban.

¿Quieres, señor, que alguna gente llame? (1)

Diego.

El desengaño con la vista espero.

Marqués.

Cuando viendola cerca me desame,
mas contento tendré que considero.

Diego.

Las distancias desmienten á los ojos;
no son de tu valor claros despojos.

(1) *Vase Estéban.*

Sale Esteban.

Aqui está el arcabuz.

Marqués.

Toma, don Diego,
ese arcabuz.

Diego.

Dos bandas de palomas
andan por esas peñas, aunque luego
del verde monte suben á esas lomas.

Marqués.

Vamos á ver si en tal desasosiego
se templará la llama de mi fuego.

ESCENA III.

DECORACION DE SELVA.

Juana, Inés y los músicos.

Inés.

Pon la ropa en ese suelo,
que aquí habemos de bailar.

Juana.

No me mandes alegrar,
que mas cuidado recelo.

Inés.

Deja ahora tus tristezas,
que los músicos se irán.

Juana.

Otro dia volverán

Ines.

¡Qué cansada estás si empiezas!
no te entiendo; una vez eres
entendida y cortesana,
y otras rústica villana.

Juana.

Soy de tornasol, ¿qué quieres?

Inés.

Que mudes de tornasol.

Juana.

No ha de tener mi tristeza
en ningun color firmeza,
hasta que torne mi sol.

Inés.

¿Qué sol, ni qué disparate?
ponte aquesas castañuelas.

ESCENA IV.

Dichas, el Marqués, don Diego y Esteban.

Esteban.

Quita al alcon las pigüelas;
será del viento acicate,
que de palomas fregonas
he visto una banda allí.

Marqués.

¿Quieren bailar?

Diego

Señor, sí.

Juana.

Mira que hay muchas personas:
ola, Inés, dime quien es,
el de la banda y cadena.

Inés.

Es el Marqués de Villena.

Juana.

¡Válgame Dios! ¿el Marqués?
toquen, y vaya de joya.

Marqués.

Ya no lleva aqueste rio
nieve pura y cristal frio,
sino reliquias de Troya.

Música.

Por el rio de mis ojos
nadando quiero pasar,
y las olas de mis ojos
dicen que me han de anegar.
Cuando el ausencia porfia
¿quién vencerá su aspereza?
nadando vá mi tristeza
por llegar á su alegria,
y nunca puedo alcanzar
mis deseados despojos,
y las olas de mis ojos
dicen que me ha de anegar.

Marqués.

¡Hay tal nadar, y tal rio!
¡tales olas, tal donaire!

Esteban.

Si esto nada por el aire
con tales brazos y brio,
¿qué nadará por la tierra?

Marqués.

Quedaos vosotros aquí.

Juana.

¿Ola, viene el Marqués?

Inés.

Si.

Esteban.

Si él la tira, no la yerra.

Marqués.

Por el alto corredor
de donde veo este rio,
vi, labradora, ese brio
que en dama fuera mejor;
cuanto me agradaste allá
lo confirmé aquí de suerte,

que sin seso vengo á verte:

Juana.

Inés, burlándose está.

Inés.

Claro es eso.

Marqués.

Vete, Inés,

con mis criados un poco.

Inés.

Si haré, que he visto aquel loco:
Juana, entreten al Marqués.

Marqués.

¿Juana en efecto os llamais?

Juana.

Para lo que le cumpliere.

Marqués.

Del nombre, Juana, se infiere
la gracia con que matais;
porque al revolver la luz
de esos ojos, no hay despojos
que no maten vuestros ojos.

Juana.

Aténgome al Arcabuz.

Marqués.

¿Y de donde sois?

Juana.

No sé

si se lo diga

Marqués.

Decid.

Juana.

Al gigante de David
quite vuesasté la G.

Marqués.

¿De Olias sois?

Juana.

Acertó:
¡han visto! ¿quién se lo dijo?

Marqués.

Amor, que en tus ojos fijo
luz de tu patria me dió;
puede ser que la belleza
supla un rudo entendimiento.
De que me agrade me afrento, *ap.*
que es en un noble bajeza.

Juana.

Quedo, quedo, que no es tanta
la ignorancia.

Marqués.

¿De qué modo?

Juana.

Bien, señor, lo alcanzo todo,
y la corte á nadie espanta;
yo no volviera por mí
como vuestra ofensa fuera
del entendimiento á fuera;
por mi entendimiento sí.
El esterior aposento
le afrenta quien le desalma;
y así es volver por el alma
defender mi entendimiento.

Marqués.

¿Cómo hablaste rudamente,
y agora con discrecion;
pues ya tus palabras son
en estilo diferente?

Juana.

Soy de un lugar rudo parto;
pero para juegos breves
tengo......

Marqués.
¿Qué?
Juana.
Dos treinta y nueves,
y el que yo quiera descarto.
Marqués.
No es mala la fulleria;
de suerte, que el juego entablas
en dos lenguas, y en dos hablas.
Juana.
Como me sucede al dia,
que en cierto mal importuno,
aunque no es para villanas,
tengo el gusto con cuartanas,
huelgo dos, y callo uno.
Marqués.
No sé si puedo entender
de tu estilo, y tu presencia,
que es segura tu inocencia.
Juana.
¿Pues en qué lo echais de ver?
Marqués.
Ahora bien, espera aquí.
Juana.
Esto me faltaba agora. *ap.*
Marqués.
Don Diego, esta labradora
me tiene fuera de mí:
háblala, y dí que me vea,
que quiero mudarla trage:
tú, Inés, vete y ese page
~~viento~~ de sus pasos sea: — ventor
esto sin réplica.
Inés.
A Dios.

Marqués.
No le digas á tu ama
palabra.
Inés.
¡Qué mala fama
tenemos!
Marqués.
Hablad los dos.

ESCENA V.

Don Diego y Juana.

Diego.
Discreta y bella serrana,
el Marqués manda que os hable.
Juana.
¿El Marqués á mi? ¿por qué?
idos con Dios, y dejadme.
Diego.
¡Cielos, qué es esto que veo!
Juana.
Ojos, sufrís que me engañe
la imaginacion: ¿qué es esto,
don Juan?
Diego.
¿Tú en aqueste trage?
Juana.
Siguiéndote, señor mio.
Diego.
Habla, pues, no te recates,
no nos vean abrazar;
que demostraciones tales
arguyen conocimientos,
dicen amistades grandes.

Juana.

Con el nombre de Leonarda
peregriné los umbrales
que hay desde Leon á Olías;
allí paré, y á buscarte
envié á Leonardo, y viendo
que en diluvios de pesares
fué cuervo, salí yo misma.

Diego.

Bien dices, la oliva traes
en esa amorosa boca:
dame, reina de las aves,
la paz en el arco hermoso
de tus divinos celages,
que en tus ojos amanece;
que yo, por lo que tú sabes
iba por servir á Carlos;
que en Italia, Francia y Flandes
tiene guerra de envidiosos,
de sus blasones esmalte.
Serví con nombre fingido
á un Príncipe, que en la sangre
y valor no reconoce
al macedonio Alejandre.
Don Diego Pacheco soy,
aunque soy don Juan del Valle;
como tú Leonarda ahora,
doña Isabel de Navares:
mas ¡ay de mí! que no hay dicha
segura por todas partes,
que, para comprar placeres,
es la moneda pesares.
Quiere el Marqués mi señor,
que en sus amores te hable,
que su voluntad te diga,

que su tercero me llame;
señora de mi señor,
quiere que pueda llamarte;
que como el sol, aunque tenga
oscuras nubes delante,
por entre pardos resquicios,
con rayos dorados sale,
así el sol de tu nobleza
por entre toscos celajes
descubre los rayos bellos
de tu generosa sangre:
no sé que habemos de hacer.

Juana.

Agravio, don Juan, me haces
en no confiar de mi
lo que las mugeres valen
en las adversas fortunas,
que son diamantes amantes:
las entrañas de los montes
no crian tan duros jaspes:
¿que bronce como su pecho
corresponde incontrastable
á los golpes de la luna?
¿que ferocidad tan grande?
como una muger que quiere?
Vete, y dile que no trate
de vencer con intereses
Ledas firmes, nobles Dafnes;
que pues le sirves, y puedes
entrar á verme y hablarme,
no quiero que aquí nos vean,
aunque el dejarte me mate:
á Dios, mi sola verdad.

Diego.

A Dios, de estas venas sangre,

alma de este firme pecho,
vive en sus brazos constante.

ESCENA VI.

Juana y Estéban.

Esteban.

¿Fuese don Diego?

Juana.

Ya es ido.

Esteban.

No le he contado al Marqués
que te habia conocido,
Juana, temiendo despues
tu desengaño y mi olvido.
Entre los puros cristales,
que de arenas de oro al Tajo
cubren peñas desiguales,
con rostro sereno y bajo
lababa el amor pañales.
Ya riendo, ya llorando,
ya torciendo, ya contando
á Inés sus pasados cuentos,
camisas y pensamientos
vide á Juana estar lavando.
Con mas belleza y traicion
que pasando el mar á Europa,
entre cancion y cancion,
acepillaba la ropa
con el dichoso jabon.
Las manos de blancas natas
de lavar y ser ingratas
no se quejaban á Inés,
viendo que estaban los pies
en el rio y sin zapatas.

El agua en cercos y enredos
se los lava, y se los besa;
y como se estaban quedos,
¡quién fuera arena traviesa
que le anduviera en los dedos!
Juana el rostro levantando,
miróme, y fuime acercando,
de suerte que mi intencion
dije con el corazon,
y díjela suspirando:
Tú, pues, que mi muerte tratas,
con tus ojos homicidas,
con que el alma me arrebatas,
dí, Juana, ¿por qué me olvidas?
dí, Juana, ¿por qué me matas?

Juana.

Estéban, yo soy amiga
de Inés, y no es bien se diga
que le he sido desleal:
mira que le pagas mal
lo que te quiere, y te obliga.
Vete á servir á tu dueño,
que de no hacerla traicion
mi palabra y fé te empeño;
y fuera de esta ocasion,
otro amor me quita el sueño:
cojo la ropa, y á Dios.

ESCENA VII.

Estéban.

¡Juana, Juana! mala tos
te la quite: fuentes, rios
ayudad mis desvaríos,
que quiero quejarme en vos.

Ea, ninfas de Elicona,
hoy teneis nueva corona
de laurel; que en vuestro polo
muere amando un page Apolo,
por una Dafne fregona.

ESCENA VIII.

SALA EN CASA DE DON FERNANDO.

Doña Antonia y don Fernando.

Antonia.
¿De esta manera lo dices?
¿tú eres hombre de valor?
Fernando.
Prueba, Antonia, que es amor,
porque no te escandalices.
Antonia.
Sí; pero un hombre, Fernando,
de tu obligacion, es justo
que ponga en sujeto el gusto
digno de sus ojos.
Fernando.
Cuando
viene amor por accidente
no se le dá á la eleccion
voto, como en la razon,
que es calidad diferente;
y, Antonia, yo me resuelvo,
en que me muero por Juana.
Antonia.
Tienes alma tan tirana,
que las espaldas te vuelvo. *Vase.*
Fernando.
No digas tal, que es locura,

aunque ya á tan necia vienes;
que puedo pensar que tienes
envidia de su hermosura.

ESCENA IX.

Don Fernando y don Diego.

Diego.

En vuestra busca, Fernando,
vengo con grande contento.

Fernando.

Pédidme albricias á mí,
pues que mi gusto es el vuestro.

Diego.

Era un hermoso diamante;
sortija de un casamiento
que podrá ser algun dia.

Fernando.

Enseñádmele.

Diego.

No puedo;
que le he dejado á guardar;
mas enseñarle prometo:
¿qué haciais?

Fernando.

Aquí estaba,
dando esperanzas al viento;
y riñendo con mi hermana.

Diego.

Son diferentes efectos.

Fernando.

Quiero enseñaros la causa:
¿Juana?

ESCENA X.

Dichos y Juana.

Juana.

Señor.

Fernando.

Dadme luego
un jarro de agua; las manos
manché de tinta escribiendo.

Juana.

Voy por fuente, agua y tohalla.

ESCENA XI.

Don Diego y don Fernando.

Fernando.

¿Qué os dicen mis pensamientos?
¿ríñeme bien doña Antonia?
¿hareis burla de mí y de ellos?

Diego.

¡Burla! ¿por qué, si no he visto
mas airoso talle y cuerpo,
que el de aquesta labradora,
aunque perdone Toledo?

Fernando.

Para que me deis disculpa
os la enseño, que no quiero
que la alabeis.

Diego.

Bien seguro
podeis estar de mis zelos.

ESCENA XII.

Dichos, Juana con agua, tohalla y fuente.

Juana.

Bien puede vuesa merced
lavarse, que viene fresco
Tajo bañado de plata,
desde el aljibe riendo.

Diego.

Mal podré tener paciencia, *ap.*
pues á cuantas partes llego
hallo quien quiere á Isabel;
si en Leon, airados cielos,
por dama airosa y gallarda,
por labradora sirviendo:
¿á cual hombre dió el amor
tanta manera de zelos?

Fernando.

Echa nieve de esas manos
para que temple mi fuego.

Juana.

¡Nieve! ¿Soy yo Guadarrama
soy nube, ó helado cierzo?

Fernando.

¿Parécete que un desden
no tiene fuerza de hielo?

Juana.

Yo no entiendo aquesas cosas.

Fernando.

Yo sí Juana, que me muero
por esas niñas hermosas:
echa mas agua.

Juana.

Estaos quedo,

pues que ya os habeis lavado;
tomad la tohalla luego,
que me aguarda á quien le pesa.

Diego.

Y de suerte, que sospecho *ap.*
que estoy rogando á mis ojos
no crean lo que estan viendo.

ESCENA XIII.

Dichos é Inés.

Inés.

Con que espacio, Juana, estás,
¿déjasme á mí?

Juana.

¿Qué te dejo?

Inés.

¡Cuánto hay que hacer hoy en casa!

Juana.

¿Piensas, Inés, que me huelgo
de estar aquí?

Fernando.

Deja, Inés,
que la conozca don Diego,
que le he dicho sus donaires.

Juana.

¿Las ignorancias que tengo
llama donaires, señor?

Inés.

Con ese entretenimiento
se hará muy bien la comida,
vendrá señor, y tendremos
pesadumbre por tu gusto.

ESCENA XIV.

Dichos menos Inés.

Juana.

Ya, señor don Diego, quedo
para que os burleis de mí;
que ha dado á mi costa en esto
don Fernando, mí señor.

Diego.

Burlas, Juana, no lo creo:
de veras habla Fernando,
y que tú respondes pienso
con las mismas á su amor.

Juana.

¿Qué es amor?

Diego.

Amor es fuego.

Juana.

Fuego de Dios en amor,
¿eso quiere un hombre cuerdo,
que tenga muger ninguna?

Diego.

¿Luego tampoco, sospecho,
sabrás qué es celos?

Juana.

Yo nó.

Diego

Celos son bastardo efecto
de amor; celos es locura
en que dá un entendimiento,
celos es desamor propio,
celos es vivir temiendo
que aquello que un hombre adora
quiere ó mira á otro sugeto

por ausencia ó por mudable
condicíon.

Juana.

¿ Celos es eso ?
pues, don Diego, en vuestra vida
los tengais, que son de necios;
tened amor, y no mas;
que vuestros merecimientos
son tales, que por mi voto
no teneis de que tenellos.

Diego.

Con esas seguridades
nos engañan por momentos
las mugeres.

Juana.

¿ Qué mugeres ?
¿ por qué en eso hay mas y menos ?

Fernando.

Cese, don Diego, por Dios,
la plática, que sospecho
que os debeis enamorar.

Diego.

Que ya lo estoy os confieso:
¿ quiéreos mucho ?

Fernando.

¿ Qué es querer ?
tiene de diamante el pecho,
tiene de mármol el alma,
tiene el corazon de acero.

Diego.

Pues yo pensé que os quería.

Fernanda.

Vamos, yo os ire diciendo
los lances que me han pasado.

Diego.

Muriendome voy de celos. *ap.*

ESCENA XV.

Juana.

Cuando el sugeto que se quiere y ama
Muestra tibieza, y vive sin cuidado,
Es darle celos la razon de estado,
De amor que mas provoca, incita y llama.
Canta con celos en la verde rama
Del olmo el ruiseñor, que vió en el prado
A quien sigue su prenda enamorado,
Y mas cuando ella finge que desama.
Contenta estoy con poca diligencia
En ver que despertaron mis desvelos
Al dueño de mi amor por competencia:
Muera á cuidados, mátenle recelos,
Porque cuando hay tibieza por ausencia,
El remedio mejor es darle celos.

ESCENA XVI.

Juana y doña Antonia.

Antonia.

Huélgome de hallate aquí,
que á solas hablar deseo
contigo.

Juana.

Que tienes creo
la sastifaccion de mí,
que siempre te merecí.

Antonia.

La satisfaccion me obliga
á que mi pasion te diga :

escúchame, Juana.

Juana.

Escucho.

Antonia.

El amor me obliga á mucho.

Juana.

Tu criada soy, y amiga.

Antonia.

Quiero un secreto pedirte.

Juana.

Aquí á tu servicio estoy.

Antonia.

Tengo un mal, Juana, en que doy
dificil de persuadirte,
que es un infierno de fuego:
¿ conoces este don Diego,
amigo de don Fernando?

Juana.

Agora estaban hablando
los dos, y se fueron luego.

Antonia.

Ese de cuanto hay en mí
es dueño que adoro y quiero.

Juana.

¡ Ah celos, que mal agüero *ap.*
fue alabarme de que os dí!

Antonia.

Ahora has de hacer por mí. . . . .
¿ sabes su casa?

Juana.

¿ No es
en la casa del Marques;
(¡ ay ingrato dueño mio !) *ap.*
que es la que cae hácia el rio,
adonde me lleva Inés?

Antonia.

Es casa tan conocida,
que no la puedes errar:
un papel le has de llevar,
Juana, que le vá la vida
á mi esperanza perdida.

Juana.

¿A quién, señora?

Antonia.

A don Diego.

Juana.

Pensé que al Marques.

Antonia.

Y luego
de mi parte le dirás......

Juana.

Basta, no me digas mas.

Antonia.

Esto, mi Juana, te ruego.

Juana.

Eso, mi ama, haré yo,
aunque de muy mala gana. *ap.*

Antonia.

Pues entra, y daréte, Juana,
el papel. *Vase.*

Juana.

Que presto halló
castigo quien se burló:
paciencia para sufriros,
amor, ¡ay tristes suspiros!
celos, ¡no costeis tan caros!
que cuanto me agrada el daros,
me entristece el recibiros.

ESCENA XVII.

SALA EN CASA DEL MARQUES.

Marqués y don Diego.

Marqués.

Buena respuesta has traido.

Diego

No he visto tal condicion.

Marqués.

Siempre esta resolucion
gente rústica ha tenido.

Diego.

Con sus iguales se entienden,
que indignas de prendas tales
de los hombres principales
bravamente se defienden:
tus razones la cansaron,
tus promesas la ofendieron,
tus dádivas no rindieron,
ni tus dichas alcanzaron;
finalmente he sospechado
que vencer esta muger,
mas dificil ha de ser
que romper un monte helado.

Marqués.

Mira, don Diego; quien ama
no se ha de cansar tan presto.

Diego.

Antes bien, un pecho honesto
obliga cuando desama.

Marqués.

Si aquesta muger me amara
al instante que me viera,

por mucho que la quisiera,
por muger vil la dejára:
vuelve á hablarla, que rogando
y prometiendo ha de ser
conquistar una muger,
que no haciendo, y despreciando;
háblala de parte mia,
y no te canses de hablar;
que no se ha de conquistar
una muger en un dia.

Diego.

¡Por qué de partes me asalta *ap.*
la fortuna! ¿qué paciencia
ha de tener mi prudencia,
ó que desdicha me falta?
Sinó es dejando esta tierra,
¿como he de poder vivir?
pienso que he de proseguir
de Cárlos Quinto la guerra,
Pasarme á Italia es mejor,
pues tan mal nos va en España,
no podré si me acompaña
en cualquiera parte amor.
Pero cansado y ausente
¿quién me lo puede estorbar?

ESCENA XVIII.

Don Diego y Juana.

Juana.

Dicha he tenido en hallar
á mi enemigo presente.
¡Qué esté solo, y en tal puesto!
mas burlóse amor conmigo:
¡que tarde se halla un amigo,

y un enemigo qué presto!

Diego.

¿Quién es?

Juana.

La que ya no es.

Diego.

¡Qué gracia!

Juana.

¿Es mucha?

Diego.

Es tanta,
que por muger no me espanta.
¿En fin, buscas al Marqués?

Juana.

¿Que Marqués?

Diego.

El que está aquí,
y despreciabasle allá·

Juana.

Este papel te dirá
si vengo á buscarte á tí

Diego.

¿Papel para mí? ¿de quién?

Juana.

De tu dama.

Diego.

Tú lo eras
antes que á buscar vinieras
á quien te obliga tan bien.

Juana.

Dejémonos de porfias;
toma el papel.

Diego.

¿Tienes seso?

Juana.

Toma y responde.

Diego.

Confieso
las obligaciones mias
pero en poniendo los pies
á donde estás, se acabaron,
pues en efecto buscaron
livianamente al Marqués
Que puesto que te mudaste,
yo debia hacerlo así,
pues para venir aquí
á doña Antonia burlaste.
Yo aseguro que dirias
que traerias el papel,
para negociar con él
lo que para tí querrias.
Y aun le harias escribir
lo que ella no imaginaba,
porque si al Marqués amaba
pudiera tu amor decir,
que á un tiempo engañaba á tres,
y aun á cuatro, pues amando,
tú engañabas á Fernando,
á mí, á Antonia, y al Marqués.

Juana.

¿Ha dicho vuesamerced?

Diego.

Poco para tal traicion.

Juana.

Pues oiga por caridad,
pues callé mientras habló.

Diego.

¿Yo, qué tengo qué escuchar?

Juana.

¡Qué malas señales son
el meter el pleito á voces!
calle, pues callaba yo.
Doña Antonia, mi señora,
me ha contado la aficion;
que vuesamerced la olvida
por el Marqués, su señor;
como la quiso en llegando
á Toledo, y que los dos
se hablaron algunas veces
en dulce conversacion:
pero que despues sirviendo,
el respeto le guardó
que debe un buen escudero,
que non sabe mentir, non.
Si es vuesamercé el Marqués,
pues por él le dejé yo,
este Marqués he buscado,
este fue á quien tuve amor,
y este es á quien ya no quiero:
y así con gran devocion
le hago una reverencia,
dejo el papel, y me voy:
si le he dado pesadumbre
diga, dándome perdon:
„mensagero sois amigo,
non mereceis culpa, non”.

Diego.

Tente, escucha.

Juana.

¿Qué me tenga?
déjeme ir, que por Dios
es poca el agua del Tajo
para que lave su error.

Diego.

Oye, Isabel.

Juana.

¿ Qué Isabel?

Diego.

La que adoro.

Juana.

Juana soy:
suélteme....

Diego.

Tente.

Juana.

El vestido
que mi desdicha me dió.

ESCENA XIX.

Dichos y el Marqués.

Marqués.

¿ Qué esto?

Diego.

Que no hay remedio
que te quiera esta muger;
demonio debe de ser.

Juana.

A no estar vos de por medio
nos matabamos aquí,
como cochinos, pardiez.

Marqués.

¿ Tú en mi casa?

Juana

Alguna vez
este corredor subí,
y no he tenido advertencia
de entrar acá, hasta que agora

el mandallo mi señora
me dió ocasion y licencia.
Vengo á buscar á Fernando,
que le queremos cortar
unas camisas, y al dar
el primer paso, temblando
sale estotro escuderon,
y dice que yo he de ser
vuestra muger: ¿qué muger?
las de mi patria no son
mugeres para Girones,
ni Villenas, ni Pachecos;
son de Illescas y Maznecos,
Toribios, Sanchos y Antones.
Quédese, señor, con Dios,
que el escudero algun dia
me pagará la porfia
que hemos tenido los dos:
yo le cogeré en mi casa.

Diego.

¿Pues yo qué ofensa te hecho?
bien sabes, Juana, mi pecho.

Juana.

Ya sé todo lo que pasa.

Marqués.

Juana, yo estimo tu honor;
si don Diego te habló en mí,
la culpa tuve, que fuí
quien le declaró mi amor.
Entra, que quiero mostrarte
mi casa, y darte un regalo.

Juana.

A fé que no fuera malo *ap.*
dar celos á Durandarte:
pero soy muger de bien,

y por esto me voy luego.

Marqués

Tente; detenla don Diego.

Diego.

Tente, escucha.

Juana.

¿Vos tambien?
pues por vos me voy mejor.

Diego.

Oye una palabra, Juana?

Juana.

¿Vos á mí?

Marqués.

Fuerte villana,
ya es tema lo que fue amor.

ESCENA XX.

SALA EN CASA DE DON FERNANDO.

Doña Antonia y Estéban.

Antonia.

¿Tanto olvido en el Marqués?
no debe de ser sin causa.

Estéban.

Con esta joya me envia:
así todos me olvidaran.

Antonia.

Memoria quiero, y no joyas.

Estéban

De esa manera se llaman;
el que regala se acuerda,
el que olvida no regala.

Antonia.

¿No ver ni hablar es regalo?

Esteban.

Como á mí me regalaran,
mas que nunca me quisieran.

Antonia.

Pedir al galan la dama
algo de su gusto, es cosa
que obliga á servirla y darla.

Esteban.

Sí, que una dama á un galan
que truchas le presentaba
le pidió un trucho una vez,
diciendo que le cansaban
las truchas hembras: y el triste
anduvo cuatro semanas
buscando un trucho varon.

Antonia.

¿Y hallóle?

Esteban.

Dos trujo en agua:
y dijo que los guardasen,
porque despues en la casta
el macho conoceria
viendo la trucha preñada.
¿Pero qué me quieres dar
y contaréte la causa
del descuido del Marqués?

Antonia.

Una cadena mañana.

Esteban.

¿Mañana?

Antonia.

¿Pues es muy tarde?

Esteban.

No, Antonia, mas pues aguardas
á mañana, yo tambien

quiero aguardar á mañana.

Antonia.

Lindo bellacon te has hecho.
¿Inés, Inés?

ESCENA. XXI.

Doña Antonia, Inés, y despues Juana.

Inés.

¿Qué me mandas?

Antonia.

¿Vino Juana?

Inés.

Ya ha venido.

Antonia.

¿Qué hay de mis sucesos, Juana?

Juana.

Malas nuevas.

Antonia.

¿Cómo así?

Juana.

Hallé aquel hombre en la sala,
dí el papel, tomó el papel,
y á las primeras palabras
cruzó la cara á las letras.

Antonia.

¿Cómo, á las letras la cara?

Juana.

Rasgándole en mil pedazos,
y diciendo: si vuestra ama
porfia, iréme á la guerra;
que favor y merced tanta
como me hace el Marqués
con traiciones no se pagan.
Hoy me ha dado mil escudos

y un caballo, que envidiáran
los del sol, á no ser de oro,
que vale á peso de plata.
Con esto me despedí;
pero diciéndole airada,
cuando los hombres no quieren
notables achaques hallan.

Antonia.

No te escucho mas.

Juana.

Espera.

Antonia.

No quiero escucharte nada,
que no escucha libertades
quien tiene sangre en el alma.

ESCENA XXII.

Juana é Inés.

Juana.

¿Qué dices de aquesto, Inés?

Inés.

¿Qué quieres que diga, Juana?

Juana.

Dichoso es este don Diego;
todas le quieren...

Inés.

Bien basta
por egemplo doña Antonia.

Juana.

¡Ay quién de ti se fiara!

Inés.

¿Tienes tú, Juana, tambien
tu poco de amor?

Juana.

Estaba
segura, y diéronme zelos;

Inés.

Que mala pedrada.

Juana.

Mala.
Yo tengo, Inés de mis ojos,
dos vestídos en el arca,
y quiero que los saquemos;
porque me dicen que bajan
estas tardes á la vega
muchos galanes y damas.
Allí quiero ver mis zelos,
y tú sabrás quien los causa;
sabrás tú mi pensamiento,
y yo sabré quién me mata.
Pero esto con gran secreto.

Inés.

En razon de secretaria
soy dinero de avariento,
soy noche, bosque y montaña,
soy pobre humilde que asiste
adonde señores hablan;
soy libro que no se vende,
que es la cosa que mas calla;
y para decirlo en breve,
soy necesidad honrada.

Juana.

Pues tomaremos dos mantos
con ricas ropas y sayas,
que quiero ver un secreto,
si el que dices me acompaña.

Inés.

Está segura de mí.

Juana.

Quiero ver si un hombre habla
con una muger, que temo...

Inés.

¿Que temes?

Juana.

Sacarle el alma.

*

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

DECORACION DE SELVA.

Inés y Juana con mantos.

Inés.

Esta es la vega de Toledo, Juana,
que doña Juana fuera bien llamarte;
no acabo de mirarte, y de admirarte,
que lindo talle, y que persona tienes.

Juana.

¿Cuando me muero yo, de burlas vienes?
¡Ay Inés! ¡eso hacen galas y oro!
no hay cosa que les dé mayor decoro
que vestir ricamente á las mugeres;
cuando estas graves y damazas vieres
atribuye á las galas la hermosura.

Inés.

Si ellas no tienen la primer ventura,
que es el nacer hermosas, no lo creas
por mas diamantes que en su cuello veas:
¿es posible que tú villana fuiste?

Juana.

Tú misma agora, Inés, te respondiste;
pues yo te he parecido gran señora
con las galas, naciendo labradora.

Inés.

Mi ama es esta, cúbrete.

Juana.

No acierto

que es de mis zelos la ocasion advierto.

ESCENA II.

Dichas, doña Antonia y una criada.

Antonia.

Aquí quiero sentarme, que esta tarde
hace la vega su vistoso alarde
de la hermosura y galas de Toledo.

Juana.

Inés, que nos conozcan tengo miedo.

Inés.

Pues no le tengas; porque estás de suerte
que yo me admiro cuando llego á verte.

Criada.

¡Bellas damas! parecen forasteras.

Antonia.

¿Ah, señoras hermosas?

Inés.

¿Qué te alteras?

Antonia.

¿Quieren nos dar de tanto sol un rayo?

Juana.

Vuesamerced lo pida al mes de mayo.

Antonia.

¿Son de Toledo?

Juana.

¿Para qué le importa?

Antonia.

¡Qué bravos filos! bravamente corta.

Juana.

Pues advierta que somos sevillanas.

Antonia.

Quite dos letras, y serán villanas.

Juana.

¡Si nos han conocido!

Inès.

Calla necia.

Juana.

Y ella que tanto de valor se precia
enséñenos la cara por su vida;
porque viene muy larga y mal prendida.

Antonia.

Esa culpa será de las criadas.

Juana.

¿Criadas tiene?

Antonia.

Muchas, tan honradas,
que pueden ser sus amas.

Juana.

No lo crea,
y mire ese galan que la pasea.

ESCENA III.

Dichas y don Diego.

Diego.

Al campo saco las tristezas mias,
por ver si las venciese en desafio.

Juana.

Inés, este es aquel ingrato mio.

Inés.

¿Luego Don Diego fue quien te dió celos?

Antonia.

¡Ah don Diego! llegad.

Diego.

¡Inmensa dicha!
¿vos en la vega?

Juana.

¿Qué mayor desdicha?

Inés.

¿Pues tú de mi señora estás celosa?

Juana.

Dí en esta necedad.

Antonía.

Menos dichosa
me prometí la tarde; pues os veo
no tengo que pedir á mi deseo,
aunque correspondais ingratamente.

Diego.

¿Cómo quereis que sin temor intente
serviros, si el Marqués os quiere tanto?

Juana.

Estoy, Inés, por descubrir el manto,
y hacer un desatino.

Inés.

Espera un poco.

Juana.

No hay celos cuerdos, si el amor es loco.

ESCENA IV.

Dichos, el Marqués y Esteban.

Marqués.

¿Es aquél don Diego?

Esteban.

El es;
y no está mal ocupado.

Inés

Juana, el Marqués ha llegado.

Juana.

¿Qué habemos de hacer Inés?

Inés

Que si has visto lo que quieres,

nos vamos á casa luego.

Marqués.

¿Quién hablará con don Diego?

Esteban

No sé; pero dos mugeres
bizarras estan allí.

Antonia.

Venid don Diego, hasta el rio;
por ingrato os desafio,
ya que á la vega salí.

Diego

¿Qué mayor satisfaccion
os puedo dar; que el Marqués?

Antonia.

No hay satisfaccion despues
que me habeis muerto á traicion,
ni es el reñir escusado.

Diego.

Si es desafio español,
¿quién ha de partir el sol,
si llevo al sol enojado?

ESCENA V.

Juana, Inés, el Marqués y Estéban.

Marqués.

Dé vuesamerced lugar,
señora tapada, á ver
si tan bizarra muger
tiene mas con que matar,
que con tal donaire y brio.

Juana.

Esto es bueno para mi; *ap.*
llévándome el alma allí
aquel enemigo mio.

Esteban.

Suplico á vuesamerced
se quite la sobrevaina,
y no dé heridas con vaina.

Inés.

Allá, page, entretened
con mugeres enfaldadas
vuestra cansada persona.

Esteban.

¿Y no puede ser fregona
alguna de las tapadas?

Marqués.

Merezca, no por quien soy,
sino solo en cortesía
ver amanecer el dia.

Juana.

Con tanta desgracia estoy,
que no puedo responderos.

Marqués.

La quietud habeis perdido;
decid, quién os ha ofendido:
si en algo puedo valeros
os podeis valer de mi.

Juana.

Podeis hacerme merced
de dejarme. *Hace que se va.*

Marqués.

Detened
el paso, que habeis de oir,
pues matais.

Juana.

¡Tan de repente?
¿parezcoos bien?

Marqués.

Y muy bien.

Juana.

¿Qué cuánto los hombres ven
quieran bien tan facilmente?

Marqués.

Yo á nadie quiero.

Juana.

Mirad
que condicion es la vuestra,
si bien poneis en la nuestra
antojos de liviandad,
pues hoy en sola una casa
quereis bien á dos mugeres.

Marqués.

¿Muger notable, quién eres?
¿dos mugeres?

Juana.

Esto pasa,
y tan desiguales son,
que son señora y criada.

Marqués.

Por Dios que estais engañada.

Juana.

Pero teneis condicion
de señor, que harto y cansado
de la perdiz, apetece
la vaca: y asi parece
que os da doña Antonia enfado,
y Juana os regala el gusto.

Marqués.

Vive Dios, que he de saber
quien eres.

Juana.

Una muger:
hacerme fuerza no es justo.

Esteban.

Oye, señora tapada,
menos desdenes.

Inés.

Ataje
la manopla, señor page,
ó habrá coz y bofetada.

Esteban.

Eres baca, que no creo
que eres muger; pero advierte,
que soy page de alta suerte,
y que en señoras me empleo:
no tuve sarna en mi vida,
ni he tomado punto á media.

Inés.

Bien la condicion remedia,
que desde Adan procedida
tienen sarna original.

Esteban.

Vive Dios, que te he de ver.

Ines.

Mire que hay una muger,
que no le ha querido mal;
y no quiero que me arañe.

Esteban.

¿Qué importa si la aborrezco?

Inés.

Pues yo soy, y quien merezco, (1)
perro, que tu amor me engañe.

Esteban

¡Vive el cielo, que es Inés!
¿hay tal cosa? teme, para.

(1) *Descúbrese Inés.*

Inés.

No pienso dejarte cara.

Marqués.

¿Qué es eso, Esteban? ¿quién es?

Esteban.

Inés, señor, disfrazada.

Marqués.

¿Y tú quien eres muger?

Juana.

Si Inés se ha dejado ver,
¿de qué sirve estar tapada?
Juana soy, cáteme aquí.

Marqués.

¿Qué dices? ¡hay caso igual!
ay donaire celestial,
¿á matar sales así?
¿tú eres labradora?

Juana.

Pues,
anda acá, Ines, no nos riñan.

Marqués.

¿De esta manera se aliñan
villanas.

Juana.

Anda acá, Inés.

Marqués

Espera, en mi coche irás.

Juana

¿Qué coche, ni qué cochino?
¿quereis torcer el camino ,....
ya me entendeis lo demas,
y zamparme en vuestra casa?

Inés.

Vamos, Juana.

Juana.

Inés, camina.

ESCENA VI.

El Marqués y Estéban.

Marqués.

Labradora peregrina,
si toco sayal me abrasa,
¿qué sirven armas de seda?
¿Has visto, Estéban, muger
mas bella?

Estéban.

No puede ser,
que ser mas hermosa pueda.

Marqués.

¿Hay tan notable invencion
de enamorar y matar?

Estéban.

¡Qué no puedas conquistar
tan villana condicion!

Marqués.

Si enamorarme pretende
de esta suerte, ¿qué he hacer?
algo hay en esta muger,
que se mira, y no se entiende.

ESCENA VII.

SALA EN CASA DE DON FERNANDO.

Doña Antonia y don Diego.

Antonia.

Del haberme acompañado
estoy muy agradecida,

de mi esperanza perdida
por el engaño pasado.

Diego.

No hay amor desengañado
que quiera mas sino alcanza
á entretener la esperanza,
con que me obliga á creer
que no hay distancia en muger
del amor á la mudanza.
Pues para no ser ingrato
á la merced que me haceis,
pedid licencia al Marqués,
y vereis que no dilato
el casarme, siendo ingrato
al favor que me otorgais;
que si licencia alcanzais,
al mismo punto vereis,
que la posesion teneis
sin que esperanza tengais.

ESCENA VIII.

Doña Antonia y despues Juana.

Antonia.

Perdida esperanza mia,
albricias, que ya os hallé.

Juana.

¿Cuándo don Diego se fué
quedas con tanta alegria?
¿Qué habeis tratado los dos?

Antonia.

¡Ay Juana! mi casamiento.

Juana.

Muy justo fue tu contento;
yo se lo pediré á Dios.

Antonia.

Yo te prometo casar
con un oficial honrado.

Juana.

¿En fin, queda concertado?

Antonia.

No falta mas de tratar
mi dicha con el Marqués:
yo le voy hablar, que es justo
que esto sea con su gusto;
lo demas sabrás despues.

ESCENA IX.

Juana.

Aqui se acabó mi vida,
aqui dió fin mi trágedia,
aqui en sombra mi esperanza
con triste luto y sangrienta
dió fin al acto postrero:
no hay que aguardar, pues ya queda
todo abrasado el teatro,
y la campaña desierta.
Aqui fue Troya, aqui mi suerte ordena,
que tenga vida yo para mas pena.
Ó cuantas veces, amor,
te dije yo que tuvieras
mas respeto á la razon;
¿mas tú, qué razon respetas?
¿Quién dijera que don Juan
pagar ingrato pudiera
tan grandes obligaciones,
tanto amor, tantas finezas?
¡Ah! nunca yo te amara, ni te viera,
alma de mármol, corazon de piedra.

¿Qué habemos de hecer ? morir ;
y no aguardar á que vean
mis ojos lo que ya saben ;
pues sea mi muerte ausencia :
¿Volveremos á la pátria ?
no, que hay venganzas en ella
de quien traté con desprecio
por amar quien me desprecia.
¡Ah cielos! ¿quién podrá tener peciencia¿
que en infinito amor no hay resistencia.

ESCENA X.

Juana é Inés.

Inés.

¿De qué das voces, Juana ?

Juana.

De desdichas.

Inés, á Dios te queda ;
que puesto que villana
cubre tosco sayal alma de seda,
yo voy por mis vestidos ;
por dicha los que ves fueron fingidos.

Inés.

¿Adonde vas? detente.

Juana.

Por la puente de Alcántara á esas peñas
desesperadamente.

Inés.

Tu tristeza conozco por las señas ;
mas que pareces eres.

Juana.

Hay hombres deshonor de las mugeres,
¿pues cuál no fuera buena
si no nos encantarán el oido?

Inés.

Dime, por Dios, tu pena.

Juana.

No quieras mas que de mi historia ha sido
confusa Babilonia:
Don Diego se ha casado con Antonia.

Inés.

¿Casado?

Juana.

Allá en el rio
debieron de tratarlo aquesta tarde:
voyme, voyme; no fio
de mis ojos paciencia tan cobarde:
¿qué aguardo? fuego, fuego,
Antonia se ha casado con Don Diego; *Vase.*

Inés.

Fuese desesperada.

ESCENA XI.

Inés y Doña Antonia.

Antonia.

¿Qué es esto, dime, Inés?

Inés.

Agora creo
que la villana honrada
celosa espía fue de su deseo.

Antonia.

¿Cómo celosa?

Inés.

Juana
está sin seso desde ayer mañana.
Sin duda no es grosera
con el trage que trae de labradora;
que tener no pudiera

tales vestidos á no ser señora,
de que iba ayer cargada,
y anduvo por la vega disfrazada.
Celos son de Don Diego,
porque hoy en la vega le has hablado.

Antonia.

Agora si que llego
á creer el respeto mal guardado;
mil sospechas tenia,
tal vez me hablaba bien, y tal fingia
que no la detuvieras.

Ines.

Agora sale, síganla, ¿qué esperas?

Antonia.

¿Qué haré?

Inés.

Que consideres...

Antonia.

¡Qué cobardes nacimos las mugeres!
¿si se va con Don Diego?

Inés.

¿Pues qué dudas?

Antonia.

Amor es siempre ciego;
solo para engañarme
trató de casamiento, solo ha sido
con palabras burlarme.

ESCENA XII.

Dichas y Don Fernando.

Fernando.

¿Qué es esto Doña Antonia?

Antonia.

Que se ha ido

la infame labradora,
y mis vestidos se ha llevado agora.

Fernando.

¿Juana con malas manos,
teniéndolas tan bellas?

Inés.

¡Linda flema!

Fernando.

Pensamientos villanos,
que diera yo para vencer su tema
mas joyas que he llevado,
solo porque escuchase mi cuidado,
pienso que solamente
pudiera ser bastante esta bajeza
para que el fuego ardiente,
que ha encendido en mi pecho su belleza,
sus rigores templára
tan lindas manos con tan linda cara.

Antonia.

Mientras que das al viento
exclamaciones vanas y amorosas,
seguirla quiero.

Fernando.

Intento,
que se ajuste á mis penas tan forzosas;
que pienso que la lleva
un falso amigo que no sale aprueba.

Antonia.

Yo quiero acompañarte.

Inés.

Sin duda que los dos pasan la puente.

Antonia.

Daré á mi padre parte.

Fernando.

De ninguna manera; brevemente

*

saquen el coche, hermana.

Antonia.

¡Ay ingrato Don Diego!

Fernando.

¡Ay bella Juana!

ESCENA XIII.

DECORACION DE CAMPO A LA MARGEN DEL RIO.

Marqués, don Diego, Estéban y los Músicos.

Marqués.

Llegue la barca á la orilla.

Diego.

Ya va llegando la barca.

Marqués

A la isla pasar quiero,
que el Tajo aprisiona en plata:
¿los músicos?

Diego.

Ya han venido:
gran gente la puente pasa;
todos son de Andalucía;
la barca toca á la playa.

Marqués.

Entren todos: buena viene; (1)
como en Sevilla la enraman:
mas no de naranjos verdes
para pasar á Triana,
tantas damas y galanes,
viernes de entre pascua y pascua.
Quedate, Estéban, aquí,
porque si don Pedro baja,

(1) *Vese una barca muy compuesta y enramada.*

digas que pase á la isla,
y vendrá por él la barca.
Cantad por el rio vosotros,
que hace linda cosonancia
el viento por esos olmos,
por esas peñas el agua:
moved á espacio los remos:....
¿Aquella no es Juana? ¿Juana,
donde vas?

ESCENA XIV.

Dichos y Juana.

Juana.

¿Cielos, qué es esto?
Dentro de una barca pasan
don Juan y el Marques el rio.

Marqués

Acosta, acosta, no vayas
tan á prisa, dad la vuelta:
¿Juana? ¿Juana?

Juana.

¿Quién me llama?

Marqués.

Vive Dios, que es ocasion,
don Diego, para llevarla
donde no la valgan brios,
ni condiciones villanas.
El Marqués soy, llega, llega.

Diego

¡Ay Dios, si podré avisarla! *ap:*
¿con qué ocasion la diré
el peligro que la aguarda?

Juana.

Esta es famosa ocasion.

para que tome venganza
de don Diego: ha, seor Marqués,
¿quiere llevarme?

Marqués.

Entra, salta.

Diego.

Señores músicos ¿saben
la letra que ahora se canta?
Por la puente, Juana,
que no por el agua.

Músicos.

Si sabemos.

Diego.

Sepan que es
al propósito estremada.

Juana.

Muy bien entiendo á don Diego: *ap.*
mas soy muger y agraviada;
hoy me vengo de sus celos.
Entro.

Marqués.

Pues moved las palas,
y vosotros id cantando
eso de la puente Juana.

Música.

Por la puente Juana,
que no por el agua.

ESCENA XV.

Esteban.

Partieron; no hay blanco cisne
que con las cándidas alas
rompa el cristal como el barco,
cerco de frigída plata;

donde no hay agua, no hay fiesta.
¡Como vuelan, y se apartan
unas olas de otras olas!
fiestas aquellas se llaman:
con todo, me ha dado pena
que Juana con ellos vaya:
casta ha partido, mas creo
que no volverá tan casta.
Don Fernando, y doña Antonia,
son los que del coche bajan.
¿A donde bueno, señores?

ESCENA XVI.

Estéban, don Fernando y doña Antonia.

Fernando.

¡O Esteban! viene mi hermana
á buscar por esta puente
donde las mugeres lavan,
aquella Juana fingida,
que con sus rudas palabras,
era ladrona famosa.

Estéban.

¿Ladrona? mucho te engañas,
si por dicha no lo dices
porque lo fué de las almas.

Antonia.

¿Si me lleva mis vestidos,
será por ventura honrada?

Estéban.

No sé; pero si ella hurta,
sus ojos son llaves falsas;
con el Marqués pasa el rio,
como otra Elena robada,
que como en Marqués hay mar,

en mar de Marqués se embarca;
aquel barco con Elena
tiene al toro semejanza,
sino lo es don Diego..

Antonia.

¿ Quién ?

Esteban.

El que á los dos acompaña.

Antonia.

¿ Pues va allí don Diego ?

Esteban.

Si;
y porque vuelve la barca
por don Pedro, y no ha venido,
dadme licencia que vaya
á ver estos desposorios.

Antonia.

No se harán, si la villana
no me vuelve mis vestidos.

Esteban.

Entrad si quereis hallarla.

Antonia.

¿ Quieres, Fernando ?

Fernando.

¿ Pues no ?
á costa que de una falsa
amistad, tengo una queja,
y pienso así averiguarla.

Esteban.

Entren, y verán la isla
mejor del Tajo, y á Juana,
que pudiendo por la puente,
quiso pasar por el agua.

ESCENA XVII.

DECORACION DE CAMPO AL OTRO LADO DEL RIO.

Don Diego y el Marqués.

Marqués.

¿No desembarca Juana?
¿cómo ha venido con tan gran tristeza?

Diego.

Volvió nieve la grana,
que esmalta de su rostro la belleza,
luego que tus amores
turbaron con el miedo sus colores.

Marqués.

¿Pues de que tiene miedo?

Diego.

De haberse puesto en tal peligro.

Marqués.

¿Y fuera
mas justo que en Toledo
de la manera que la vi sirviera?
¿no ha sido mas dichosa?

Diego.

Está de verse indigna temerosa.

Marqués.

Mira, don Diego, el dia
que un hombre á una muger la dice amores,
cesó la cortesía
y el respeto debido á los señores;
porque sujeto queda
á que tratarle mal, si quiere, pueda.
Juana será estimada
de tí, y de mí; y de todos mis criados

servida y regalada:
la primavera de estos verdes prados,
de flores guarnecidos,
envidiarán la tela á sus vestidos.
Sus joyas serán tales,
que se conozca en ellas mi deseo:
no ha de traer corales
mas que en su rostro.

Diego.

De tan alto empleo,
¿qué menos su belleza
pudo esperar, señor, de tu grandeza?

Marqués.

Entreten esa gente
mientras que voy, don Diego, á persuadilla,
que ver cuan tristemente
sale del barco á la arenosa orilla,
vergonzosa y cobarde,
muestra que se arrepiente; mas ya es tarde.

ESCENA XVIII.

Don Diego

Desdichas, que habeis llegado
á tal estremo conmigo,
que vengo hasta ser testigo
de mi deshonra forzado,
¿á cuál hombre en tal estado
habeis puesto como á mi;
pues pudiendo hablar aqui,
por el honor que me toca,
me cierra el mismo la boca,
ingrata Isabel, por ti?
Si agora al marques hablara,
y quien era le dijera,

claro está que quien es fuera,
y su nobleza mostrara,
claro está que la dejara:
pero si yo la advertí
cuando en el puente la ví,
y ella á mi pesar entró,
bien se vé que le estimó,
y que me aborrece á mí.
Cuando, porque me entendieses,
desentendida tirana,
dije, por la puente Juana,
para que el peligro vieses,
¿era honor tuyo que fueses
por el agua á darme enojos?
Fuertes fueron tus antojos;
que los hombres advertidos
pueden disculpar oidos;
mas no lo que ven los ojos.
Perdiendo el juicio estoy,
no de verme despreciado,
sino de llegar á estado,
que deje de ser quien soy.
¿Cómo mil quejas no doy
de tanto agravio á los cielos?
¡que buen pago á mis desvelos
hasta cerrarme los labios!
mas bien es que sufra agravios
quien tuvo paciencia en zelos.
Ya le tomará las manos,
ya le dirá amores tiernos...
¡qué de manera de infiernos!
¡qué de agravios inhumanos!
¿cuando inventaron tiranos
tormentos de mas rigores
que ver que tú la enamores,

y él te diga amores ya?
Amores dije, Ojalá,
que fuera decirla amores.
Pensamientos me han venido
de echarme desesperado,
Tajo, en ese espejo helado,
de abrasado y de corrido:
defiende, agravio, el sentido,
que como amor es furor
no sabe tener valor;
advierte que un hombre honrado
despues de estar agraviado
no es justo que tenga amor.

ESCENA XIX.

Don Diego, don Fernando, doña Antonia y Esteban.

Esteban.
Aqui está solo don Diego.
Antonia.
¿Pues solo en esta ocasion?
Esteban.
Que le hableis con discrecion,
y no con enojo, os ruego;
que estará cerca el marques.
Fernando.
Don Diego ¿qué soledad
es esta?
Diego.
Si la amistad
para tales tiempos es,
dejad á un hombre afligido,
en lugar de acompañarme,
que estoy cerca de matarme
de una muger ofendido.

Fernando.
¡Muger! ¿aqui no sois vos
el dueño de quien decis?
Diego.
¿Pues á vengaros venís
de mis agravios los dos?
Escondeos conmigo aquí,
que viene huyendo de un hombre;
que el respeto de su nombre
me obliga á tratarla asi.
Esteban.
Bien será que no nos vea,
y puesto que es el marques;
que tiempo tendrá despues
doña Antonia, si desea
vengar sus celos.
Antonia.
Aqui
hay árboles mas espesos.
Diego.
Presto vereis mis sucesos.
¡Qué agravios pasan por mí! *Escóndense.*

ESCENA XX.

Dichos, el Marques y Juana.

Juana.
No tiene el mundo poder;
advierta Vueseñoría
que es injusta su porfia.
Marqués.
¿No eres muger?
Juana.
Soy muger.

Marqués.

¿Eres labradora?

Juana.

No.

Marqués

¿Pues quien...?

Juana.

No quiero decillo.

Marqués.

¿Pues que intentas?

Juana.

Encubrillo.

Marqués.

¿Hasta cuando?

Juana.

¡Qué sé yo!

Marqués.

¿Sabes donde estás?

Juana.

Muy bien.

Marqués

¿Quien te ha de valer?

Juana.

Mi honor.

Marqués.

Es necedad.

Juana.

Es valor.

Marqués.

Soy quien soy.

Juana.

Y yo tambien.

Marqués.

Amor me obliga.

Juana.

Y á mí.

Marqués.

¿De quién?

Juana.

De quien me burló.

Marqués.

¿Es hombre rústico?

Juana.

No.

Marqués.

¿Pues es caballero?

Juana.

Sí.

Marqués.

¿Tiene calidad?

Juana.

Y mucha.

Marqués.

¿Es mi igual?

Juana.

No es vuestro igual.

Marqués.

¿Es principal?

Juana.

Principal.

Marquès.

Declaráte mas.

Juana.

Escucha.

Señor marqués de Villena,
invictísima corona
de Girones y Pachecos,
cuyas hazañas heróicas
escribe en papel la fama,

que no hay tiempo qué las borra;
que son diamantes las letras,
y bronce eterno las hojas;
yo soy de Leon de España,
que justamente se honra
de aquellos primeros reyes,
que de la nobleza goda
quedaron para castigo
de los bárbaros, que agora
solo sirven por reliquias
de las pasadas histórias:
neutrales estan mis deudos;
que quiera á don Juan me estorban;
habia llegado el mes,
que prados y campos borda,
aquellos viste de nieve,
estos de flores y rosas;
bajaban los arroyuelos
á guarnecer con las olas,
de pasamanos de plata,
las márgenes arenosas:
yo con ocasion injusta
de enfermedades que toman,
mas la ocasion que el acero,
tal vez voluntades mozas,
á hablar á don Juan salia
para escusar mi deshonra,
que quiere amor que el deseo
á la razon se anteponga.
Supo don Sancho estos dias,
y una mañana lluviosa,
que para que no saliera
parece que el alba llora,
llegó mas presto, ¡ay de mí!
que aun me matan sus congojas,

que celos madrugan mucho,
porque duermen pocas horas;
salió de unos verdes ramos,
y asiéndome de la ropa,
que no del alma, á escucharle
mis pies turbados reporta:
oigo amorosas razones,
si puede ser que las oiga,
quien mirando á quien le habla
está pensando otra cosa:
pero cuando yà atrevido,
mas intenta que razona,
puse mi rostro en defensa
con palabras afrentosas,
que los hombres atrevidos
cuando á su gusto se arrojan,
para entrar á sus deseos
tienen por puertas la boca.
En este tiempo don Juan
con espacio libre asoma,
que á quien anda de ganancia
no le despiertan congojas;
luego que mira el suceso,
como es razon, se alborota;
pierden el color entrambos;
yo entonces el alma toda:
asi toros de Jarama
alzan las frentes celosas,
vierten por la boca espuma,
fuego por los ojos brotan;
así en el arena escarban,
brio enamorado cobran,
y los llama al desafio
la palestra polvorosa,
como sacan las espadas

don Juan y don Sancho, y doblan
las capas, que al brazo envuelven;
mi presencia los provoca:
por estar favorecido
(que pienso que en esto importa:
dió mas ventura á don Juan,
que olvidados tienen poca:
íbale mal á don Sancho,
yo, como algunas personas
que están viendo á los que juegan,
que del uno se aficionan,
deseaba que ganase
don Juan, esperando ¡ay loca!
mas desdichas de barato
que estos olmos tienen hojas.
Cayó don Sancho, y don Juan
luego la mano me toma,
y á un pueblo suyo me lleva;
no hay secreto que se esconda:
huye á la justicia un dia,
sígole yo triste y sola
luego con un escudero,
que en Olias me despoja
de joyas y de consuelos,
y con engaños me roba:
mudó el trage, y en Toledo
sirvo humilde labradora,
donde me veis y decis
que mi talle os aficiona;
decis que me hable don Diego,
á quien doña Antonia adora;
esta dama toledana,
que era entonces mi señora:
este don Diego es don Juan,
que de este nombre se adorna

por serviros, y encubrirse:
tanto el peligro le exorta
de zelos desatinados,
para vengarse á mi costa.
Entré en la barca esta tarde;
confianza peligrosa,
pero justa en la nobleza
de vuestra persona heróica,
que no ha de degenerar
de sus magnánimas obras,
sino ayudarme á cobrar,
como quien es honra y gloria
de Villenas y Girones,
mi ser, mi vida y mi honra,
por título, por señor,
por grande, por hombre sobra,
pues soy muger, y muger
que os ha contado su historia.

Marqués.

Cuando no fuerais muger
de tan notoria nobleza,
por el talle y la belleza
mi favor debeis tener:
yo os he de favorecer,
que os debo, y es cosa llana,
el volver por tan liviana
causa en tan noble opinion,
como tener aficion
á una rústica villana.
Bien el alma me decia
pues se ha visto en el efecto,
que habia mayor concepto
donde la vuestra vivia:
tendreis este mismo dia

á don Juan.... Ola, criados, gente.

Juana.

Estarán descuidados.

Estéban.

Ola, Esteban.

Sale Estéban.

Aquí estoy.

Marqués.

Llama á don Diego.

Sale don Diego.

Yo soy dueño de tantos cuidados.

Marqués.

¿Estábades escondidos?

Esteban.

Si señor, porque obligaba
la desdicha de don Juan,

Diego.

Confiado en la palabra
que has dado á doña Isabel
llego á tus pies.

Marqués.

No te engañas.

Diego.

¿Cómo me puedo engañar
cuando ya me desengañas
con tu divino valor?

Marqués.

Estéban, testigos llama
de la palabra, y la fe
que por mas fuerza jurada
quiero que quede á Isabel. (1)

(1) *Salen don Fernando y doña Antonia.*

Fernando.

Aquí estamos yo y mi hermana,
que con otro pensamiento,
que nos dió bastante causa
pasamos sin su licencia.

Antonia.

Señor, cuanto amor engaña,
tu misma disculpa tiene,
que para mayores basta.

Marqués.

Pues si sabeis ya los dos
las historias y desgracias,
que os habrán movido el pecho,
de don Juan y de esta dama,
hasta acabarlas del todo
tendrán amparo en mi casa,
y con veinte mil ducados
de dote quiero pagarla
la confianza que tuvo.

Juana.

Fue muy justa confianza
en tan divino valor.

Diego.

Y aquí por la puente Juana
dá fin en servicio vuestro;
dadnos perdon de las faltas.

Por la Puente Juana.

El mérito de esta comedia se funda en el interés del asunto, en la sencillez del plan y en la bondad de los caractéres: no hay en ella episodios que compliquen la fábula, ni situaciones nuevas y extraordinarias, que exciten la admiracion del auditorio. Los celos de Juana y de don Diego, producidos por doña Antonia y el Marqués, llenan los tres actos de la pieza y conducen agradablémente al espectador hasta el desenlace, sin que advierta la falta de incidentes multiplicados, y otros adornos, que nuestros autores antiguos derramaban á veces con demasiada profusion en sus comedias. El Marqués de Villena se enamora de Juana y la solicita, y doña Antonia procura casarse con don Diego: estos son los únicos obstáculos que se oponen á la felicidad de los dos amantes y forman el nudo de la fábula, que camina progresivamente con un interes suave y sostenido. El carácter de Juana, la constancia de su cariño, la verdad y nobleza de sus sentimientos, y las gracias de su lenguage, siempre urbanas y decorosas, encantan y cautivan la atencion. Lope, que se complacia siempre en poner en boca del bello sexo los afectos puros y sencillos que abrigaba su corazon, era el único poeta que podia haber imaginado este carácter tan hermoso y amable. En todas las escenas sobrasale de tal modo: que ofusca á los demas personages. Para realzar mas el mérito personal de Juana no solo pinta enamorado de ella á don Diego, al Marqués y á don Fernando, sino tambien á Esteban. Los requiebros y la declaracion de este estan llenos de gracia.

Acto primero. Escena XIV.

Labradora de sentidos,
pespuntadora de entrañas,
ojos de brillante espejo,
que mirándote retratas
lindo del cabello al pie;
honra ilustre de la sagra,
por el delantal famosa,
y por el sayuclo hidalga, &c.

Acto segundo. Escena VI.

Entre los puros cristales,
que de arenas de oro al Tajo
cubren peñas desiguales,
con rostro sereno y bajo
lavaba el amor pañales.
Ya riendo, ya llorando,
ya torciendo, ya contando
á Inés sus pasados cuentos,
camisas y pensamientos
vide á Juana estar lavando &c.

Aunque todas las escenas son muy interesantes, lo son particularmente la V. del segundo Acto, en que se reconocen Juana y don Diego; la X. en que este insinua sus celos, y ella le satisface con extremada delicadeza.

¿Zelos es eso?
pues don Diego en vuestra vida
los tengais, que son de necios:
tenéd amor, y no mas;
que vuestros merecimientos
son tales, que por mi voto

no teneis de que tenellos.

Véanse con atencion la XII del primer acto, la III. del segundo y la I. y siguientes hasta la VI. del tercero, en las que resaltan infinito el donayre y las gracias de la heroina. No son menos estimables en las que manifiesta sus celos, y especialmente la XVI. del segundo acto. ¡Con que graciosa ironia responde á don Diego en los versos que concluyen

Si le he dado pesadumbre,
diga, dandome perdon:
mensagero sois, amigo;
non merecéis culpa, non.

Todas están bien enlazadas y dialogadas: la XIII del tercer acto, en que aparece la barca, y pasa Juana el rio con el Marqués, prepara el desenlace y es sumamente interesante y teatral

Entren todos: buena viene,
como en Sevilla la enraman;
mas no de naranjos verdes
para pasar á Triana;
tantas damas y galanes,
viernes de entre Pascua y Pascua.
. . . .
Cantad por el rio vosotros;
que hacen linda consonancia
el viento por esos olmos,
por esas peñas el agua.

El desenlace es muy natural: se pinta en él perfectamente la firmeza de Juana y la noble generosidad del Marques de Villena; y la versificacion y el estilo tienen las buenas prendas que todos reconocen y admiran en las obras de este fecundo poeta.

Continúa la lista de los señores suscritores.

Don Manuel Martinez Mazon.
Don Ambrosio María Ripoll.
Don Javier Araoz.
Escelentísima señora doña María Luisa Mateis de Quesada, *por fino.*
Don Francisco de Paula Cordoba é Ibarra.
Don Agustin Ariño de Guevara.
Don Antonio Hernandez.
Don Juan Uriarte Caballero,
Escelentísimo señor Duque de San Carlos, Conde del Puerto, *por fino.*
Don Manuel Hernandez de Gregorio, *por 2 egemplares.*
Don Eugenio Jimenez.
Don Ramon Marin Alforea.
Don Policarpo Daoiz.
M. R. Willar Klark Wimberley.
Don Carlos Hidalgo.
Don Julian Ortiz de Lanzagorta.
Don Juan Ramon de Ubillos, presbítero en Córdoba.
Don Eusebio Rodriguez Galaz.
Don Francisco Pascual, *por fino.*
Don Felix Joaquin Lopez.
Don Federico Roncali, *por fino.*
Don Dámaso de Cerragería.
Don J. M. P.
Escelentísimo señor don José España, teniente de la Guardia real de infantería, *por fino.*
Doña Paula Ortiz de Lanzagorta.
Don Fabriciano Sinforoso Ocaso.
Don Juan Manuel Gonzalez.
Señores Ortal y compañia, *por 4 egemplares finos y 18 ordinarios.*

Don Felipe García, *por fino.*
Don Julian Sanchez Hacedo, *por fino.*
Don Telesforo José Escobar.
Don Buenaventura Carlos de Ariban.
Don Alfonso Liger, *por 2 egemplares finos.*
Señora Condesa de la Vega del Pozo, *psr fino.*
Don José Fernandez, *por fino.*
Don José Bucali.
Señor Embajador de Austria, *por fino.*
Don Rafael Florez, *por 3 egemplares.*
Don José Romero de Pineda.
Don Tomás Vallejo, *por fino.*
Don Antonio Conde Gonzalez.
Don Ramon Soler.
Don Juan Mansolve.
Don Francisco Martinez de Aguilar.
Don José María Navarro, *por 2 egemplares finos y 1 ordinario.*
Don Eugenio de Isla.
Don Gabriel Ferrer.
Don Agustin Vibanco.
Don Juan Duspsmet, Secretario del Serenísimo Señor Infante don Francisco de Paula.
Escelentísimo Señor Duque de Abrantes, *por fino.*
Don Pedro Juan Mallen, del comercio de libros de Valencia, *por 6 egemplares finos y 4 ordinarios.*
Don José Menendez.
Don Ambrosio de Guerra.
Señor Conde de Santa Coloma, *por fino.*
Don Nicolás de Torres.
Señor Conde de Agramonte.
Don Alejandro Rodriguez.
Señor Conde de Jeva.
Doña Fermina Ruiz de Alvarado.
Señor Conde de Komspsimark, gentil hombre de Cá-

mara de S. M. de Rusia, y Secretario de su embajada en Lisboa.
Señor Marqués de Espinardo, *por fino.*
Don Manuel Rubio de Villegas.
Don Roberto Macandre.
Señor Marqués de Paredes, Conde de Illas
Don Juan José Lanza, intendente interino de Jaen, *por fino.*
Escelentísima señora Marquesa de Villafranca, *por fino.*
El señor Secretario de la embajada de Holanda.
Don Francisco Gimenez Saavedra, Intendente de Rentas de Málaga.
Doña Vicenta Maturena.
Don Francisco Vigil de Quiñones.
Don Antonio Soliba.
Don Francisco Javier de Eguren, *por fino.*
Don Salvador Cea Bermudez, oficial de la Secretaría de estado.
Don Julian Perez.
Señor Conde de Argillo.
Don Jacinto Hernandez, *por 4 egemplares.*
Don Mariano Luajo, Secretario de la Capitania general de Estremadura.
Don Tomás Rey.
Don Antonio Porras.
Don Blas Mendizabal.
Don Braulio Guijarro.
Don Tomás Valiente de Luna.
Don Luis Martinez.
Don Manuel Lucio Gutierrez.
Don Angel Hernandez.
Don José Quirós.
Don Pedro Gomez de Laserna.
Don Francisco de Paula Orlando, Comisario de guerra.

Don Manuel Rimbaud.
Don Ramon Pedro Hernandez.
Don Vicente García.
D. V. R. T.
Don Manuel Blando.
Don Bartolomé Miralles.
Don Juan Antonio la Plaza.
Don Manuel Fernandez.
Don José de la Riba.
Doña María Luisa Calderon.
Don Antonio Quiros.
Don José Sarriamaza.
Don Joaquin Arteaga.
Don Jose de Llano.
Don Nicolas Gallardo, *por fino.*
Don Francisco Lopez de Omaña, *por fino.*
El Excelentisimo Señor Marques de la Romana.
Don Eugenio Alvarez.
Don Manuel Carbajal.
Don Antonio Navarro.
Don Antonio Fernandez.
Don J. Severino Gomez encargado de negocios de Portugal.
El Señor Marques de Obieco.
Don Sebastian Maria de Areni.
Don Agustin de Sojo, *por fino.*
Don Mariano Baradat y Bejar.
Don Francisco Pecet, *por fino.*
Don Jose Fernandez Billarmarzo.
Don Ramon Gonzalez Autran, *por fino.*
Don Francisco Guiles.
Don Joaquin Sta. Maria.
Don Pedro Mendoza.
Don Jose Cano Manuel y Chacon.
Don Joaquin Marcoleta.

Don Diego Zaragoza.
Don Juan Luciano Velez.
Don Juan Manuel Calleja.
Don Bartolomé Caro Hernandez, *por 4 egemplares.*
Don Angel Calderon.
Don Manuel Chasco, *por fino.*
Señor Embajador de Olanda, *por fino.*
Don Gonzalo María de Ulloa.
Don Martin Marticorena, del comercio de Zaragoza, *por fino.*
Don Domingo del Monte, *por fino.*
Don F. A.
Don José Antonio de Arazque.
Don Tomás Marques.
Don Manuel García de la Prada.
Don José Francisco Morejon, *por fino.*
Señor Conde de Superunda, *por fino.*
Don Pedro Nolasco Fernandez.
Don Juan Caneda.
Don Felix Pinos, *por fino.*
Don José Soldevilla.
Don Valentin José Jimenez.
Don Francisco Hurtado de Mendoza.
Don Roque de las Heras
Escelentísima señora Marquesa de Castelar, Dama de la Reyna N. S.
Don Julian Pastor.
Don Angel Villareal.
Don Nicolás Roman.
Don Etanislao Goire.
Escelentísimo señor Conde de Torrejon, *por fino.*
Don Juan Graygotia.
Don Antonio Velez.
Don Nicolás Arias, *por fino.*
Don Pedro Torner de Toner.

Don Dionisio Arteaga.
Don Jose Gonzalez.
Don Remigio Hernandez.
Doña Martina Cambrano.
Don Ramon Salas, *por fino.*
Don Jose Yrunciaga.
Don Manuel Chacon Sopranillo.
Don Jose Garcia, *por fino.*
Don Lauriano Rojo de Norzagaray.
Don Juan Esteban Yzaga.
Don Julian Lopez.
Don Angel Simon.
Don Jose Joaquin Bayllo, *par fino.*
Don Juan Vela.
Doña Joaquina Martinez.
Don Juan de Mariategi.
Doña Maria Ignacia Martinez.
Don Pablo Unano.
Don Tomas Jose de Epalza, *por fino.*
Don Alfonso de Aguila.
Don Lorenzo Gomez Haedo.
Doña Carmen Aparicio.
Don Antonio Zazo.
Don Jose Maria Soriano.
Don M. A. Z.
Don F. V. R.
Don Luis Maria Mosquera.
Don Rafael Martinez de Arizala.
El Escelentisimo Señor Duque de Frias y Uzeda.
El Señor Conde Grassé.
Don Juan Antonio Treserra.
Don Antonio Navalcerrada.
Don Andres Botelou.
Don Ramon Naranjo.

Don Jose Maria Zabala.
Don Jose Fernandez Guerra.
Don Luis Diez.
Don Luis Pinateli.
Don Eugenio Fernandez Soto.
Doña Francisca Alonso.
Don Jose Bibiano.
Don Manuel Ulloa.
Don Pedro Regalado Magdalena, Intendente de Policia de Santiago.
Don Manuel Cardeño, Tesorero de id.
Don Francisco Chabes y Alcalde.
Don Rafael Antonio Ruiz de Arana.
El Escelentisimo Señor Don Blas de Tournas.
El Señor Marques de Bendaña, *por 2 ejemplares.*
Don Jose Alameda y Alonso.
Don M. B.
Don Isidro Pole.
Don Juan Miguel de Aránbide.
Don Vicente Garcia Diez.
Señor Conde de Florida Blanca, *por fino.*
Don Prospero Fausto Gimenez.
Don Jose de Urrutia.
Don Manuel Belascoechea.
Don R. R.
Don Pedro Gonzalez o Estefani, *por fino.*
Don José Rajas, *por fino.*
Don José de Velaunde.
Don Juan de Arizmendi.
Don Juan Gabandon, *por 4 ejemplares.*
El Señor Duque de Beraguas.
Don Manuel de Agulo y Cano, *por fino.*
Don Manuel Gonzalez.
Don Jose Galdiano.
El Escelentisimo Señor Marqués de Santiago.

Don Manuel Yzquierdo, *por fino.*
Don José Vibar, *por fino.*
Don Angel Garcia de Loygorri.
Don José Zarandona, *por fino.*
Don Angel Galbez, *por fino.*
Don Manuel Ruiz Crespo.
Don F. B. C, *por fino.*
Don Antonio Suarez, *por fino.*
Don Francisco Xabier Moreno.
Don T. S. Castilla, *por fino.*
Don Cayetano Pareja.
Don Miguel Witton, *por fino.*
Don Francisco de Paula Cuadrado.
Don Ramon Alfarici.
El Señor Marques de Perales.
Don Joaquin de Cubas.
Don Juan Antonio Fernandez.
Don Vicente Moratinos.
Don A. S
Don Juan Gabaldon,
Don id. *por fino*
Don Juan Francisco Piferrer.
Don Pantaleon Guzman,
Don Vicente Ventura.
Don Agustin Lopez Jirut.
Don Vicente Blanco, *por 2 ejemplares.*
Don Antonio Silvostri.
Don Francisco Rodriguez Lopez.
Don Matias Lario.
Don Ramon Pino.
Don Joaquin Caprada.
El Señor Marques de Casa Mena.
Don Carlos Ortíz de Taranco.
Don R. P. de Rojas.

Se continuará.